

MIS ÉXODOS

JORGE GIBERT TARRUELL

MIS ÉXODOS

—Apuntes sobre mi vida—

Jorge Gibert Tarruell
—monje cisterciense—

Introducción

La historia del pueblo de Israel, el pueblo escogido por Dios, tuvo en sus orígenes una experiencia extraordinaria, que dejó una huella muy profunda, indeleble, y por la misma razón, a lo largo de los siglos ha sido magnificada, transformada y cantada de mil maneras, hasta el punto de que hoy es muy difícil conocer exactamente las dimensiones reales del suceso. En todo caso, queda definitivamente establecido que hubo una intervención de Dios que cambió el curso de aquel grupo humano, hasta hacerle protagonista de una historia que está en el origen de lo que conocemos como Cristianismo. Y este acontecimiento inicial es conocido con el nombre de Éxodo.

Entiendo que, a lo largo de mi existencia, el Señor ha intervenido de muchas y varias maneras, orientando e introduciendo cambios, que han dejado huellas de gran valor. Sirvan estas notas, pensadas y redactadas en mi entrañable lengua materna, el catalán, y que, en atención a tanta gente que conozco y me conocen aparecen en castellano, para agradecer a Dios su amor, su paciencia, su delicadeza, sus atenciones, en resumen la obra que ha querido llevar a cabo en mi persona, a pesar de mis resistencias y reticencias. Estas notas quieren ser un himno de acción de gracias, recordando estos momentos que pueden recibir el nombre de Éxodos.

Primer Éxodo

—1950—

El día 4 de noviembre de 1950, a las seis de la tarde, después de un fuerte y cariñoso abrazo a mis queridos padres Joan y Montserrat, y a mis hermanos Josep M^a y Montserrat, con el autovía que prestaba servicio entre Barcelona y La Pobla de Segur, emprendí el viaje hacia L'Espluga de Francolí, para ingresar en el monasterio de Santa María de Poblet, acompañado de mi primo Antoni Tarruell Plans. Era el primer éxodo de mi vida, nada fácil, pues la separación de mi familia me era sumamente dolorosa, y además me encaraba hacia un futuro que no podía ser más incierto, pero el Señor, en su bondad, estaba a mi lado y me ayudó a superar el trauma con paz y serenidad, con esperanza y alegría.

Había nacido el 30 de abril de 1931, en Badalona (Barcelona), en la calle Prat de la Riba, n^o 41, 3^o 2^a, hoy conocida como calle del Mar. Fui bautizado el día 17 de mayo de 1931 en la parroquia de Santa María de Badalona, y recibí el sacramento de la confirmación, en la misma parroquia, el día 3 de marzo de 1934 de manos del obispo Manuel Irurita, que murió mártir en los acontecimientos de 1936. Hice la primera comunión el día 6 de julio de 1939 en la capilla del colegio de los Hermanos Maristas de Badalona, que servía provisionalmente de parroquia dada la situación ruinososa en que había quedado el edificio de Santa María después de su destrucción en 1936.

Nací en una familia de bien arraigada tradición católica, y desde niño fui educado en una piedad serena y sólida. Mi padre fue Joan Gibert Tarragó, hijo de Josep y Francisca, y mi madre Montserrat

Tarruell Canalés, hija de Enric y Dolors. Mi familia ha cultivado y apreciado siempre los auténticos valores familiares, suscitando y manteniendo contactos constantes con abuelos, hermanos, primos y demás familia. Igualmente ha cultivado las relaciones de amistad con otras familias, por lo que puedo decir que nunca me he sentido solo, sino siempre acompañado, protegido y estimado.

Entre mis primeros recuerdos en el campo de la vida espiritual, existen unas experiencias notables que, sin duda, han dejado huellas muy profundas. En el momento de la guerra civil española (1936-1939), durante el mes de julio de 1936 pude contemplar como quemaban la iglesia parroquial de Canyet (Badalona), y más tarde, desde la terraza de la casa de mis padres pude ver como un miliciano destruía la cabeza de la imagen de la Virgen del campanario del convento de carmelitas descalzos de Badalona. Recuerdo también como mis familiares escondían cruces e imágenes religiosas por temor a visitas de piquetes revolucionarios.

Durante aquellos años pasé largas temporadas en Sabadell, en casa de mis abuelos maternos, un edificio sólido y enorme, que, en aquellas circunstancias servía como lugar de culto clandestino, en el que se guardaba permanentemente el santísimo Sacramento y, en la medida de las posibilidades y con riesgo de graves sanciones en caso de ser descubiertos, se celebraba a menudo la Eucaristía. También en Badalona, mi ciudad natal, y ya a la temprana edad de siete años acompañaba a mi madre a celebraciones clandestinas en casas particulares. Y la primera eucaristía pública que se celebró en Badalona, al entrar el “ejército nacional”, que tuvo lugar en el paseo llamado Rambla de Badalona, junto al mar, fue oficiada por un monje de Montserrat, el P. Manel Rosés, y de los dos ayudantes que hubo, uno terminó monje de Montserrat y el otro era un servidor.

En 1941, mi tía Rosa, hermana de mi madre decidió entrar en el monasterio de Santa Cecilia de Montserrat. A partir de entonces, nuestra familia pasaba cada año temporadas en la hospedería de Montserrat, lo que me familiarizó con las celebraciones de los monjes y monjas. Se explica que desde pequeño me entretuviese, con algunos amigos, a jugar organizando celebraciones religiosas e interesándome en cuestiones de vida religiosa y monástica. Proba-

blemente así se fue delineando, poco a poco, mi interés hacia la vida monástica. Pero cuando llegó el momento, ésta no se dirigió hacia Montserrat, como habrían podido esperar todos los que me conocían, sino hacia el monasterio cisterciense de Poblet, que conocí a través de mi abuelo materno, amante de las obras de arte y buen conocedor de los monasterios catalanes.

En los años que viví en Badalona, mis padres me enviaron al llamado “Colegio Biblioteca”, situado en la calle llamada del Templo. Guardo buen recuerdo de aquellos años, así como de la enseñanza que se me impartió. Desde el principio todo se hacía en lengua catalana, pero con la entrada del “ejército nacional”, de la noche a la mañana nos obligaron a utilizar únicamente la lengua castellana, y si nos atrevíamos a utilizar el catalán se nos castigaba. Esto me hirió profundamente.

En 1941, por exigencias del trabajo de mi padre, nuestra familia dejó Badalona y nos trasladamos a Barcelona, ocupando un piso en el inmueble que la compañía de seguros “Aurora” poseía en la avenida de las Cortes Catalanas, por entonces llamada avenida de José Antonio, en el número 620, entre la rambla Cataluña y la calle Balmes, concretamente en el ático nº 4. En esta compañía trabajaba mi padre desde los catorce años, y cuando se jubiló era el subdirector de la misma. Allí transcurrió toda mi juventud hasta mi ingreso en el monasterio de Poblet en 1950.

En los primeros meses en Barcelona frecuenté el colegio Condal, sito en la calle del mismo nombre, regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas o de La Salle. Dado que en aquel centro no se impartían estudios de bachillerato, pasé después al colegio de los Sagrados Corazones, regentado por religiosos de la congregación vulgarmente conocida como de “Picpus” por su fundador francés, y que ocupaba el piso principal de un inmueble en la calle Diputación nº 250, entre la rambla Cataluña y la calle Balmes, muy cerca de nuestra casa. Guardo muy buen recuerdo tanto de la enseñanza, como de los profesores y alumnos que tuve en aquellos años. De todas las materias estudiadas, me interesaba sobre todo la historia, desde sus comienzos empezando por la prehistoria, hasta los detalles más actuales, y sobre todo en la historia de nuestro país. Terminé el bachillerato con matrícula de honor. Además perte-

necía a la Congregación Mariana que dirigían los PP. Jesuitas de la calle Caspe, participando en algunas de sus actividades.

Por aquellos años recibí como regalo de mi abuela materna Dolors un ejemplar del *“Misal Diario y Vespéral”*, de Dom Gaspar Lefebvre osb, de la abadía de Saint André de Brujas, traducido y adaptado por Germán Prado, monje de Silos. Este libro que fue el primer maestro que me introdujo en el campo de la liturgia de la iglesia. Llegó a ser mi amigo inseparable, y obtuve de los superiores de mi colegio poder seguir con él la celebración cotidiana de la Santa Misa. Este libro es para mí aún hoy una reliquia de inestimable valor.

Desde niño manifesté interés, así como una cierta disposición natural hacia la música, y gustaba escuchar fragmentos célebres, como el *“Claro de Luna”* de Beethoven, (que fue la primera pieza que interpreté cuando aprendí a tocar el piano) o la *“Barcarola”* de los *“Cuentos de Hoffmann”*. Sobre todo he de agradecer a mi padre que me iniciara en el gusto y el interés por la música clásica y en especial en la música operística. Cuando cumplí los catorce años me llevó consigo al *“Teatre del Liceu”*, de Barcelona, para asistir a la representación de la ópera *“Carmen”* de Georges Bizet. Este interés y gusto me han acompañado a lo largo de mi vida y, en situaciones puntuales, me han servido para superar tensiones y angustias, para recuperar la paz y la serenidad. Veo en ello un regalo del Señor que siempre ha estado a mi lado, para ayudarme a seguir adelante a pesar de las dificultades.

Sobre mi persona concretamente he podido escuchar que me consideraban inteligente, sin pretensiones ni autosuficiencias, receptivo, con un gran deseo y voluntad de aprender, constante, responsable, serio y reservado, tendiendo a introvertido. Lo que pocos han llegado a descubrir es que he sido siempre tremendamente sensible y emotivo, y como medio para defenderme de exteriorizar estas características, a menudo he adoptado posturas que podían interpretarse como frialdad o lejanía. No soy yo quien ha de pretender dar más detalles acerca de mi persona.

Cuando terminé el bachillerato, mi padre me preguntó cuales eran mis planes o proyectos para el futuro. Le dije mi deseo de ser monje cisterciense, y él, con su acostumbrada prudencia, me hizo com-

prender que era demasiado joven e inexperto para tomar a la ligera una decisión tan importante, y me aconsejó continuar estudiando. Me matriculé en la Escuela Industrial de Barcelona e hice todo el curso introductorio. Al año siguiente, después de haber seguido con suma atención mis estudios y mis comportamientos, mi padre me preguntó si aún continuaba con el mismo propósito. Entonces me dio su autorización y me puse en contacto con el P. Prior de Poblet, y después de hacer una experiencia durante el mes de agosto, se fijó para comienzos de noviembre mi ingreso en el monasterio.

Segundo Éxodo

—1966—

El día 16 de junio de 1966, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, en las primeras horas de la mañana y acompañado por mi padre, me dirigí a la estación del Norte de Barcelona, para emprender un viaje hacia Francia, concretamente al monasterio de monjas cistercienses de Santa María de Boulaur, en el Gers.

Recuerdo que me sentía como desprotegido, casi medio desnudo, porque era la primera vez que, después de dieciséis años, salía a la calle sin el hábito monástico. Llevaba un traje negro con alzacuellos romano, como empezaba a estilarse, después del concilio Vaticano II.

Aquel viaje había sido decidido por mis superiores para ofrecerme la posibilidad de recuperarme de un grave episodio clínico que había sufrido en el pasado mes de abril. Pero a la vez, aquel viaje suponía un momento de especial importancia para mí, pues representaba un corte profundo, cuyas consecuencias, en aquel momento, no era posible ni tan solo vislumbrar.

En efecto, con aquel viaje quedaba atrás el monasterio de Poblet, en el que había ingresado el día 4 de noviembre de 1950, después de madura reflexión y de radical decisión. Quedaban atrás aquellos venerables edificios entre los cuales se había ido forjando mi vida monástica, donde me había ido formando no solamente en el ámbito intelectual, cultural y religioso, sino también adquiriendo capacidades concretas para contribuir al desarrollo de una convivencia humana y equilibrada.

Quedaban atrás todas las tareas que, poco a poco, había ido aprendiendo en los campos, en la granja y en las diferentes oficinas del monasterio. Quedaban atrás todos los trabajos realizados con interés y fidelidad para mejorar los libros de canto litúrgico, para un mayor decoro de la celebración del oficio divino. Y también los trabajos de investigación y estudio en los que había dedicado horas y esfuerzos, así como los trabajos de restauración del monumento en los que me ocupé durante casi tres años, durante los cuales me habían encargado la dirección.

Con aquel viaje quedaba atrás la comunidad monástica de Poblet, que me había acogido, me había ayudado a crecer y a madurar tanto desde el punto de vista espiritual como humano, y a la que yo mismo, después, había ayudado a crecer con mi aportación, ya sea enseñando, ya ejerciendo como maestro de novicios o consejero espiritual. Quedaba atrás aquella comunidad algo agitada, tanto como consecuencia de las corrientes más o menos centradas que brotaban de los aires renovadores del concilio Vaticano II, como por limitaciones humanas, que nunca faltan en todo complejo humano, por muy espiritual que pretenda ser.

Y para completar el cuadro, vale decir que embargaba mi espíritu una cierta tristeza por las tensiones vividas en los últimos meses en el seno de la comunidad, tristeza que podía entenderse también como una sensación de fracaso humano y espiritual en la labor realizada. Pero experimentaba, al mismo tiempo, un atisbo de esperanza, poco definido es cierto, pero que dejaba espacio para un futuro positivo. Precisamente por esta razón, al encontrarme en la estación del Norte de Barcelona con el P. Abad de Poblet, Dom Edmundo Garreta, que vino a despedirme, recuerdo que pude decirle que experimentaba una sensación parecida a la que debían sentir los apóstoles en la mañana de Pascua, antes de enterarse de que la tumba estaba vacía.

Como se ha indicado, yo había llegado al monasterio de Poblet en la tarde del día 4 de noviembre de 1950. El domingo 12 de noviembre y en la sala capitular del monasterio recibí el hábito monástico para iniciar el noviciado. Según la costumbre de la época, me cambiaron el nombre, imponiéndome el de Guido, en honor del her-

mano mayor de san Bernardo. Después del concilio Vaticano II, el abad general autorizó poder recuperar el nombre de bautismo, lo que hice inmediatamente. Emití la profesión simple el martes 13 de noviembre de 1951 en manos del prior Dom Gregorio Jordana, y el domingo 14 de noviembre de 1954 tuvo lugar mi profesión solemne en manos de Dom Edmundo Garreta, primer abad de Poblet después de la restauración. Y el domingo 7 de octubre de 1956 recibí la ordenación presbiteral de manos de Mons. Laureano Castán La-coma, obispo auxiliar de Tarragona.

En los años cincuenta, la disciplina en el monasterio de Poblet era seria. La situación geográfica del monasterio, a los pies de las sierras de Prades, y concretamente de la montaña llamada “La Pena”, le impedía recibir el influjo del mar Mediterráneo, y quedaba abierto a los fríos que descendían de los Pirineos. El clima en invierno es frío y en verano caluroso. En aquellos años, en invierno por toda calefacción había una estufa de serrín en la sala de recreación, y en las celdas a veces dormíamos a bajas temperaturas. No olvidaré nunca los sabañones que tuve que soportar, pero todo se aceptaba con alegría y buen humor.

Los responsables del monasterio habían sido formados en la abadía suiza de Hauterive (Friburgo), que pretendía ser un faro de observancia en toda la orden. La comunidad estaba formada por los monjes de coro, a los que correspondían todos los derechos capitulares, y los llamados “*hermanos conversos*”, que corrían con la responsabilidad de todos los trabajos importantes de la comunidad. Éstos celebraban el Oficio Parvo de la Virgen María en su capilla, en la cual tenían también la santa misa. Al coro con los monjes solamente asistían los domingos y solemnidades. Este régimen, que tenía a las espaldas una larga y rica historia, terminó con la celebración del Vaticano II, que dispuso la unificación de la comunidad.

La jornada se iniciaba a las cuatro de la madrugada en la Iglesia con el canto de vigiliat o maitines, de acuerdo con los libros de la orden, seguidos de la oración personal. A las seis se cantaban los laudes y a continuación los sacerdotes celebraban cada uno su misa en las capillas de la iglesia, a las que seguía el frugal desayuno. A las siete se celebraba la hora de prima, terminada la cual la comu-

nidad se reunía en la solemne sala capitular, en la cual, algunos días tenía lugar el llamado capítulo de culpas, que se hacía en latín. Recuerdo curiosas anécdotas de aquel momento de la disciplina monástica.

Alrededor de las nueve tenía lugar el canto de tercia y la misa conventual. A continuación seguían las clases para los novicios y juniors. A la una del mediodía se celebraba la hora de sexta y la comida. Después de un breve descanso, a primeras horas de la tarde y celebrada la hora de nona, tenía lugar el trabajo manual, en los campos y viñas, en la granja, o en la limpieza del monasterio. A las seis de la tarde se celebraban las vísperas, seguidas de la cena. A las siete y media tenía lugar la lectura en el claustro o en capítulo, y la jornada terminaba con el canto de completas y la *Salve Regina*.

En los primeros años de los cincuenta y debido a la situación general de España, la situación económica era delicada y se pasaba una cierta estrechez. Recuerdo que el ecónomo tuvo la oportunidad de adquirir un camión de bacalao seco, y comimos bacalao durante año y medio, mañana y tarde. Podría concluir diciendo que la vida era dura, por frío y por alimentación precaria, pero puedo asegurar que nadie se quejaba y todos mantenían la fidelidad a sus compromisos y el buen espíritu, sin quejas ni recriminaciones.

De aquellos tiempos recuerdo un acontecimiento que dejó huella. En 1953 fueron trasladados de nuevo a sus sepulcros los restos de los monarcas de la Corona de Aragón, que habían sido profanados en 1835, a raíz de la desamortización de Mendizábal y la destrucción del monasterio. Asistió una gran muchedumbre, que fue presidida por las máximas autoridades de la iglesia, de la orden y del estado.

Con la celebración del concilio Vaticano II la disciplina del monasterio experimentó un notable cambio. En efecto, con la introducción de la concelebración diaria, desaparecieron las mal llamadas “*misas privadas*”, y la comunidad pudo disponer de más tiempo para el estudio personal y también para la oración. Los hermanos conversos empezaron a participar en el coro con los monjes del oficio divino y de la misa conventual.

Como anécdota curiosa recuerdo que un año, el día de Navidad, tuvimos las tres misas solemnes de media noche, del alba y del día; después cada sacerdote celebró particularmente sus tres misas rezadas, y por la tarde tuvo lugar una séptima eucaristía para el entierro de un monje que acababa de fallecer. Gracias a Dios que terminaron aquellos modos de “celebrar” la liturgia. No puede extrañar si afirmo que no puedo entender a esos jóvenes que suspiran para volver a las celebraciones de la liturgia de antes del concilio.

Recuerdo haber vivido intensamente tanto el año de noviciado, como los años de profesión temporal, tratando de trabajar con todo interés en mi formación monástica y eclesiástica, procurando acoger, asumir e integrar todo lo que se me ofrecía por parte de los responsables a los que se había confiado mi preparación. En aquellos momentos era consciente de que iniciaba una nueva etapa, que comportaba y exigía una conversión interior para responder a las exigencias del Evangelio de Jesús. Pero esto no significaba en absoluto renunciar a cuanto había adquirido en el campo de formación humana e intelectual en los años de mis estudios en el colegio. Recuerdo por ejemplo, la sensación de rechazo que experimenté al leer en la introducción de la famosa edición de la Biblia del escolapio P. Scio, que Dios había creado el mundo en el mes de octubre del año 5000 antes de Cristo (¿?).

Al tratar de evocar aquellos interesantes años, descubro algo que, en aquellos momentos me pasó completamente desapercibido, pero no por esto dejó de ser real. En efecto en todo el proceso de asimilación de las materias que se me impartían, no trataba simplemente de aceptarlas, sino también de asumirlas dándoles un toque personal, propio. Este hecho tuvo como consecuencia que yo no fuera simplemente uno más del montón, sino que fui adquiriendo unos matices, unas peculiaridades que iban tejiendo una forma de personalidad propia. He de reconocer que nunca me he considerado ni mejor ni peor que los demás, pero siempre he tenido conciencia de no ser exactamente como los demás. Y esto ha sido siempre un intenso motivo de sufrimiento, tanto para mí, como para los que se encontraban junto a mí, en la medida que se daban cuenta de la existencia de ciertas diferencias reales.

Pensándolo bien ahora, resulta que toda esta realidad entra en abierto contraste con la doctrina sobre la humildad que san Benito expone en el capítulo séptimo de su regla, pero considero necesario puntualizar que este hecho, estos matices o peculiaridades, por mi parte, no fueron buscados conscientemente, sino que se colaron por sorpresa, aunque sus consecuencias he tenido que asumirlas yo mismo en toda su realidad, a medida que me percataba de su existencia.

Una vez emitida la profesión temporal, el P. Prior Gregorio Jordana me comunicó que se me dispensaba del estudio de la filosofía y que iniciaba directamente el estudio de la teología. Aunque los cursos fueron interesantes, sobre todo cuando asumió la enseñanza el P. Agustí Altisent, que acababa de terminar sus estudios en la universidad de Friburgo (Suiza), cuando llegué al término del ciclo establecido en el monasterio, consciente de mis limitaciones, solicité y obtuve de mis superiores poder hacer un curso supletorio, que consideraba útil y necesario para mi formación.

En 1957, ya ordenado presbítero y después de haber prestado servicio como secretario del P. Abad, éste decidió enviarme a Roma para completar mi formación y mis estudios en el Pontificio Ateneo de San Anselmo, regentado por los Padres Benedictinos. El proyecto inicial, según se me comunicó, era el de obtener la licencia en teología en dos años, y después la de Sagrada Escritura en otros dos años. En el mes de septiembre de 1957 pasé a la casa general de la orden, en Piazza Tempio di Diana nº 14, e inicié mis estudios en San Anselmo.

Como anécdota de la experiencia de aquel momento, quiero recordar que en la casa general de la orden cisterciense se observaba el siguiente horario: Por la mañana se iniciaba la jornada a las seis rezando sin pausas prima, tercia, sexta y nona. Antes de comer recitábamos vísperas y completas, y antes de la cena maitines y laudes. Gracias a Dios, y con toda razón, el Vaticano II insistió en la verdad de las horas litúrgicas.

Sin embargo, hacia mitad de enero de 1958, el P. Abad de Poblet me pidió que tratase de hacer un esfuerzo y ver si podía obtener la licencia en teología en solo un año. Fue una labor ímproba, pero en

el mes de diciembre de 1958, obtuve la deseada licenciatura con la triste calificación de 7,5. Por una parte fue una satisfacción por haber llevado a cabo lo que deseaban mi superiores, pero al mismo tiempo me sentía defraudado por no poder continuar mis estudios. Para decirlo con una imagen gráfica, me habían puesto en la boca un caramelo delicioso, y apenas lo había gustado, me lo retiraban, lo que significaba una obra iniciada y no rematada.

Vuelto a Poblet, el día 2 de febrero de 1959, el P. Abad me encomendó la delicada gestión del noviciado del monasterio. Él se había reservado el título de maestro y yo era simplemente el submaestro. De entrada me encontré con dos novicios, a los que muy pronto se juntaron otros dos, y antes de terminar el año llegaron a ser ocho. Fue una experiencia sumamente apasionante, pues me obligó, además del trabajo pastoral de atender a los jóvenes, darles ejemplo con fidelidad a todas las exigencias de la vida monástica. Hube de ponerme a estudiar por mi cuenta materias y temas que nadie me había explicado a antes, pero que era necesario exponer a los novicios, de acuerdo con las normas y disposiciones que llegaban desde el Vaticano. Fue pues un tiempo de crecimiento espiritual, y de descubrimiento de nuevos campos de interés y de estudio.

Ayudado por los novicios, por este tiempo, empecé a trabajar en la reorganización de la biblioteca del monasterio, así como en el archivo. Fue en esta época que el P. García M^a Colombás, monje de Montserrat, me invitó a participar en las llamadas “*Semanas Monásticas*”, que aún existen en España y han hecho mucho bien en las familias monásticas y religiosas de nuestro país. En relación con esta actividad tuve que preparar varios trabajos sobre historia y espiritualidad monásticas, algunos de los cuales han sido publicados y otros han quedado en el olvido. Recuerdo que el primer trabajo publicado fue sobre la fecha de fundación del Monasterio de Poblet, que fue publicado en francés y mereció una alabanza de Dom Jean Leclercq osb.

Además del trabajo del noviciado, atendía a grupos de jóvenes que se acercaban a la hospedería del monasterio. Y también tuve que ocuparme, durante casi tres años, de la dirección de los trabajos de mantenimiento y restauración del monasterio, a fin de que el res-

ponsable pudiera frecuentar en Madrid los cursos para obtener su licencia en derecho canónico. Acostumbro a decir que no he podido ser arquitecto, pero aquella actividad me llenó de satisfacción, y recuerdo algunos logros obtenidos que permanecen aún en Poblet.

Toda esta actividad no dejó de suscitar reticencias y prevenciones en algunos miembros de la comunidad. Eran los tiempos del post concilio y no siempre había paz y serenidad en la comunidad, lo que supuso tensiones que llegaron a afectar mi salud. El Señor me ha concedido recordar con todo detalle las fechas de los acontecimientos de mi vida, a excepción del día de un ataque, del que solamente recuerdo que fue en la segunda mitad de abril de 1966. Durante casi una hora pensaba que había llegado mi última hora. Los médicos hablaron de una neurosis cardiaca. Una vez superado quedé sumamente debilitado, y por esta razón los superiores decidieron mi viaje a Boulaur, que tuvo lugar el 16 de junio de 1966.

Si llegados a este punto, interesa dar una mirada a lo que podría llamarse evolución espiritual de estos años, puedo aportar estos breves rasgos. En 1950, al ingresar en el noviciado del monasterio de Poblet, tres eran los puntos que podían centrar mis preocupaciones en la dimensión de la espiritualidad: El oficio divino, la vida de comunidad y el ideal de simplicidad y autenticidad del Cister. Tres aspectos que quizá un psicólogo definiría poco maduros, exponentes de una personalidad en formación. En mi descargo podría decir que se trataba del germen, que debía crecer y desarrollarse. Tenía por entonces diecinueve años. No me costó la adaptación a la vida del monasterio, que pasaba por años duros y difíciles, aunque aquella vida era muy distinta de la que llevaba en casa de mis padres en la Barcelona de aquel tiempo.

El oficio divino. Me encantaba la celebración de la liturgia y este interés, sin duda un regalo del Señor, me condujo por caminos si se quiere muy sencillos, pero sumamente sólidos, para conocer la historia de la liturgia, su significado, el aprender a sumergirme en los textos. La liturgia ha sido para mí una escuela estupenda, que me está enseñando aún hoy a penetrar en sus riquezas. No se puede olvidar que el papa Pío XII quiso definir el año litúrgico como Cristo mismo.

Pero en este caminar por el sendero de la liturgia, en un cierto momento y ante la insensibilidad de personas extrañas al monasterio ante la liturgia, llegó a suscitar una crisis. Es casi innato en mí preguntarme constantemente el por qué de todas las cosas. Y esto es sumamente incómodo, tanto para uno mismo como para los que están junto a nosotros. Por mucho que yo disfrutase en la celebración de la liturgia, en el repetir textos y textos, ¿qué sentido tenía? ¿quizás podía ser simplemente una estéril autocomplacencia en algo que, desde fuera del monasterio, carecería de valor? Y a través de esta crisis, que fue intensa, fui llegando a descubrir a Cristo como una realidad viva, como algo entrañable que quería formar parte de mi existencia.

Esta crisis me llevó a profundizar en la lectura de la Regla y a descubrir, no teóricamente, sino como una realidad personal y viva, un aspecto de la espiritualidad benedictina: El monje ha de vivir constantemente en la presencia de Dios, de Cristo. Así, el cap. 19 indicaba: *“Los ojos del Señor en todo lugar miran a buenos y malos... consideremos cómo conviene estar en presencia de la divinidad”*; que, junto con otros textos de la Regla sobre el tema: 4,49 (*“Tener por cierto que Dios nos está mirando en todo lugar”*); 7,23 (*“Creemos que Dios está siempre presente”*), me iban indicando una ruta importante.

Esta reflexión me llevó a descubrir el mismo tema a lo largo de la Biblia. Me deleitaba leyendo que Dios nos conoce por nombre, nos llama por nombre, que espera nuestra respuesta. Siempre me ha impactado el texto del cap. 3,35 de Baruc: Dios *“llama a las estrellas por su nombre, y éstas, desde su sitio, responden: “Aquí estoy” y comenzaban a brillar alegremente”*.

Y todos los textos del antiguo testamento que abundan en esta dirección conducen sin solución de continuidad al cap. 10 del evangelio de san Juan: *“Yo soy el buen pastor, que conozco a mis ovejas y las mías me conocen igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por las ovejas”*. Es el esquema que ha estructurado mi espiritualidad.

Esta evolución espiritual tuvo una consecuencia importante. Me di cuenta de que yo no era una isla, que, queriendo o no, estaba rela-

cionado con las demás personas que viven sobre la tierra. Me sentí solidario con ellos y tuve conciencia de que debía caminar con ellos. No podía pensar (habría sido absurdo) que podía hacer todo lo que hacían ellos, pero, desde el monasterio podía orar por los demás, en la línea de la plegaria que Cristo hacía por las noches, solo en la montaña: *“Te ruego por ellos”*. Y cada vez que conozco una persona nueva, me digo a mí mismo: Otro amigo por el que pedías, que, finalmente, ha levantado el velo que cubría su faz. Y esta convicción me ha acompañado en la vida.

El segundo punto señalado era la vida comunitaria. No me fue difícil integrarme en el monasterio, si bien esto no quiere decir que fuese insensible a las vicisitudes que supone vivir en común. Encontré magistral la afirmación de una monja anciana: *“Dios nos llama al monasterio para que nos amásemos y nos amemos”*. Quizá me ayudó a ello el hecho que nunca he sentido el más mínimo interés por la vida eremítica.

Los documentos sobre los comienzos del Cister con su insistencia en el llamar *«Ecclesia»* al monasterio me abrieron una perspectiva riquísima, en la que se integraban las referencias del libro de los Hechos de los Apóstoles sobre la primera Iglesia y, por descontado los últimos capítulos de la regla. Siempre me ha impresionado que el peor castigo con que puede Benito amenazar al monje sea precisamente la excomunión.

Sobre todo en estos últimos años he llegado a la conclusión que la vida comunitaria, vivida en el espíritu de Jesús puede y debe ser un mensaje que los monjes sobre todo podemos dar al atormentado mundo en que vivimos. Hombres o mujeres, distintos por edad, formación, carácter, temperamento y todo lo que se nos ocurra inventar, porque aman a Jesús y quieren asumir el mensaje: *“Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”*.

Teniendo en cuenta todo lo que suponen estas realidades, es fácil entender que, concretamente, aquel viaje que emprendía hacia Boulaur suponía para mí, aunque temporal, un total cambio de ambiente. En lugar de la clausura del monasterio y de la comuni-

dad monástica, iba a encontrarme en un país extranjero, hablando una lengua que no era la mía, en una hospedería abierta al público, aunque estuviese gestionada por monjas cistercienses. Sin duda alguna, era una ocasión ideal para poner a prueba la decisión que había tomado de ser monje cisterciense.

En efecto, en la hospedería de Boulaur, las únicas obligaciones establecidas de manera oficial, por decirlo de alguna manera, eran el horario de la celebración de la eucaristía junto con la comunidad de monjas, y las horas de las comidas. Por el resto quedaba libre de organizar mi jornada.

Nunca agradeceré bastante al Señor aquella oportunidad, (que fue realmente una gracia, un don de Dios), que me permitió encontrarme conmigo mismo, sin cortapisas de horarios o rutinas comunitarias, y poder asumir en toda su plenitud las exigencias de aquella profesión monástica que había hecho hacía quince años atrás. Era monje y quería vivir como tal, sin reticencias o dispensas. Esta experiencia me hizo sentir libre, pero a la vez responsable de mis actos y de mis decisiones. No se me ha olvidado la sensación de paz y tranquilidad que aquellos largos meses de estancia en Boulaur me procuraron. Podía encararme con el futuro sin miedo, porque, de alguna manera, experimentaba la afirmación del salmo 15 (16),8: *“Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré”*.

En mi estancia en la hospedería de Boulaur pude conocer a muchas personas interesantes, entre las que destacan la priora del monasterio, soeur M. Pia Le Thomas, el abad general de la orden cisterciense, Dom Sighard Kleiner, y el capellán del monasterio, el P. Benoit, monje de Boquen, que me ayudaron con su amistad, con sus consejos, con su ejemplo. Por medio de algunos de ellos tuve la oportunidad de conocer monumentos y lugares de interés de la Gascuña, que desconocía completamente y que hicieron más universal mi espíritu y mis conocimientos. Así mismo, me fue dado poder viajar para acercarme al monasterio de Boquen, en Bretaña, y conocer la experiencia de vida monástica que estaba intentando iniciar el P. Bernard Besret, a quien había conocido en mi estancia en Roma en 1957-1958.

Lo que podía aparecer como un alejamiento temporal de la propia comunidad monástica, una especie de exilio, por misericordia de Dios, se convirtió en un “*kairos*”, en un episodio de gracia, que favoreció un crecimiento espiritual, y ayudó significativamente en un proceso de maduración humana y espiritual, que me permitió vivir con más consciencia y fidelidad mi condición de hombre, de monje y de sacerdote. Por todo ello doy continuamente gracias a Dios y a la santísima Virgen María por este inesperado y gran don, de inestimable valor.

Tercer Éxodo

—1970—

El día 12 de octubre de 1970 era el día fijado para mi salida de Solius para desplazarme a Roma, a la casa general de la orden. En principio se había convenido que mis padres me acompañarían por la tarde a la estación de Caldas de Malavella, donde ya tenía el equipaje, para poder viajar con el tren de la noche. Pero aquel día, el fenómeno conocido con el nombre de “gota fría” organizó un temporal de proporciones exageradas, con abundantes lluvias, vientos y demás fenómenos del género. Tan espectacular fue el temporal que mis padres renunciaron acompañarme a la estación, y buscaron un taxi que prestase el servicio. En aquellos años, la carretera que conducía a la estación, en sus últimos metros, cruzaba una vaguada. Aquel día, por razón del temporal, se había llenado de agua, y el coche quedó atrapado con el motor apagado. Fue necesario dejar el coche y con el agua hasta las rodillas llegar hasta la estación del tren. No hacía falta tener mucha imaginación para relacionar este percance con las descripciones del paso del mar Rojo que la Biblia ha conservado al recordar la salida de Israel de Egipto, hacia la tierra prometida. Y aproveché el suceso para meditarlo ante el Señor.

Se impone explicar mi presencia en Solius. Durante el verano de 1966, y mientras yo estaba en el monasterio de Boulaur, la situación en Poblet se complicó, y el abad Dom Edmundo Garreta decidió presentar su dimisión al abad general, Dom Sighard Kleiner, y

solicitar al mismo tiempo la autorización para iniciar, junto con un grupo de monjes dispuestos a seguirle, una nueva fundación.

El abad general, en una de sus visitas a Boulaur, me informó de la situación, así como del proyecto del abad Edmundo, pidiéndome que me adhiriese al pequeño grupo, para poder prestar ayuda al proyecto. Finalmente en el mes de diciembre de 1966, en presencia del abad general, se comunicó oficialmente la dimisión de Dom Edmundo y el comienzo de la nueva fundación. Sin embargo, en el último momento, varios de los que tenían intención de seguir a Dom Edmundo no se atrevieron a hacerlo, y el pequeño grupo quedó reducido a cuatro personas: Dom Edmundo, un servidor, el P. Enrique Benito y el hermano Alberto Fontanet.

Dado que no pudo llevarse a cabo la proyectada idea de instalarse en los edificios del pequeño y antiguo monasterio benedictino de Cervià de Ter (Girona), el obispo de la diócesis, Mons. Narcís Jubany Arnau, puso a disposición del pequeño grupo la iglesia parroquial y la casa rectoral de Santa Inés de Solius, en el término municipal de Santa Cristina de Aro, edificios que servían para colonias de verano. El día 21 de enero de 1967, fiesta litúrgica de la santa mártir romana, inició una nueva presencia monástica cisterciense en tierras gerundenses, y concretamente en el Baix Empordà. En principio la ubicación era provisional, hasta que, después de búsquedas infructuosas, la pequeña comunidad tomó la decisión de quedarse definitivamente en Solius.

La idea de una “fundación” con el fin de buscar una forma de vida monástica más sencilla, lejos del condicionamiento que suponen las antiguas y venerables construcciones de los grandes monasterios medievales, era algo que rondaba por mi cabeza, pero cuando acepté participar en el proyecto del P. Abad Garreta entendí que “esta” no era ni mi fundación ni mi obra, y que debía simplemente colaborar, con todo lo que esto significaba.

Iniciar de cero una comunidad monástica se dice pronto, pero vivirlo es otro cantar. Para empezar hubo de buscar alguna forma de trabajo que pudiese asegurar lo mínimo necesario para subsistir. Recuerdo que se empezó haciendo lámparas de mimbres, a lo que siguió entrar en la técnica de la encuadernación de libros y aceptar

trabajos de traducción. Era necesario pensar en cocinar, en la limpieza personal, en la del edificio, del vestido, en atender a los huéspedes, en infinidad de pequeñas medidas y decisiones, en las que antes, en una gran comunidad, ni tan sólo imaginabas que eran necesarias e ineludibles. Fue una experiencia enriquecedora en todos los sentidos.

Con la ayuda generosa de personas deseosas de colaborar en el proyecto, la comunidad procuró disponer la Iglesia para adaptarla a las celebraciones monásticas. Se trataba de un edificio sencillo, construido de acuerdo con la arquitectura rural catalana del siglo XVIII. Después se pudo pensar en la construcción de un modesto edificio para albergar a una pequeña comunidad, así como a las primeras vocaciones que se presentaron con el deseo de abrazar la vida monástica.

Era precisamente por aquellos tiempos cuando se empezaba a introducir en la celebración de la liturgia los cambios queridos por el concilio Vaticano II. Se iban dejando de lado el latín y el gregoriano, se introducían las lenguas vernáculas, como también nuevas músicas y cantos. Todo un terreno delicado que exigió mucha prudencia, mucho diálogo, de parte de todos. La comunidad de Solius se esforzó en preparar libros para una celebración digna de la liturgia, que estuvieron en uso hasta que, finalmente, aparecieron las ediciones oficiales de la nueva liturgia querida por el Concilio.

Iniciar un nuevo modo de vivir la vida monástica, teniendo aun reciente la experiencia de Poblet, no fue tarea fácil. Fue tiempo de búsqueda, de planteamientos, de propuestas, e incluso de experiencias. Con anterioridad yo me había interesado personalmente en la experiencia del P. Voillaume con los Hermanos de Jesús, y estando en Boulaur pude conocer la Fraternidad de la Virgen de los Pobres, en las Landas. Intenté transmitir mis ideas y mis sugerencias, pero muy pronto comprendí que debía ser prudente, para no dar la impresión de querer imponer mis criterios a los demás hermanos. En una comunidad pequeña es muy importante mantener el equilibrio y evitar presiones.

El concilio Vaticano II había sido clausurado el mes de diciembre de 1965, y en la iglesia se estaba trabajando para convertir en rea-

lidad las decisiones que se habían tomado. En la orden cisterciense se respiraban también aires de renovación, y el 15 de agosto de 1966, el abad general Dom Sighard Kleiner escribía una carta pastoral, dirigida a toda la orden que llevaba el título “*De renovatione accomodata recte operanda*”, y el defensorio de la orden que se celebró en junio del mismo año fue creada una comisión de siete monjes que debía organizar una consulta en todas las casas, tanto de monjes como de monjas, para encauzar el trabajo a realizar. El defensorio, junto con la comisión, prepararon un documento que sirvió de base para las conversaciones que debían tener lugar en todas las comunidades.

En el mes de noviembre de 1967, se reunió de nuevo en Roma el defensorio de la orden que trató de la preparación de un capítulo general, que debería tratar de la aplicación en la orden de las directrices establecidas por el concilio. Junto a la comisión de los siete monjes del año anterior, se creó un grupo de trece consultores, entre los cuales figuraba mi nombre. De entrada, esto suponía viajes a Roma, reuniones de estudio, y trabajos a realizar. Este nombramiento inesperado fue para mí una sorpresa, que, al mismo tiempo, me hizo comprender toda la responsabilidad que suponía trabajar para la renovación de la orden. El mismo defensorio preparó una larga lista de temas a estudiar y discutir, que comprendía temas tan delicados como la cuestión de los hermanos conversos, numerosos temas relacionados con la celebración de la liturgia, cuestiones relativas a los usos monásticos y al trabajo de las comunidades, así como el tema de la clausura de las monjas.

En el mes de mayo de 1968 fue convocado de nuevo el defensorio en Roma que inició el día 9 y terminó el día 22. En el curso de aquellas jornadas intensas de trabajo, se distribuyeron a personas competentes y preparadas las distintas ponencias o intervenciones que tendrían lugar durante el capítulo general ordinario y especial. Al final quedaba una ponencia que suscitaba preocupación y que todos trataban de eludir. Al final me pidieron que aceptase prepararla. El título era “Del gobierno de los monasterios y del ministerio del abad”. A mí, que nunca había sido superior, me pedían que hablase a los abades de la orden sobre un tema tan delicado. En los meses que siguieron preparé un documento de trece páginas.

Además debía hablar de la situación de las monjas en España, así como del tema “*De vocationibus fovendis*”.

Fue también en el curso de esta reunión del defensorio que los responsables decidieron proponerme como delegado de los monasterios que no formaban parte de una congregación para participar en el capítulo general ordinario y especial que tendría lugar el mes de septiembre en Roma. Como he apuntado, este defensorio tuvo lugar el mes de mayo de 1968, el famoso “mayo del 68” con todas sus protestas, huelgas y manifestaciones. Al regresar a España tuvimos que asumir las consecuencias de aquel fenómeno social y político, y atravesar Francia que se hallaba completamente paralizada, de lo que guardo un curioso y buen recuerdo.

El capítulo general ordinario y especial para la renovación acomodada de la orden, de acuerdo con el motu proprio “*Ecclesiam Sanctam*”, se celebró en Roma, en el colegio de San Anselmo de los PP. Benedictinos, en el Aventino romano, desde el día 23 de septiembre hasta el día 12 de octubre. Desde el inicio se dijo que se trataba de la primera parte de mismo y que la segunda parte tendría lugar en 1969. Fue una sorpresa importante para mí que, además de estar presente como delegado de los monasterios fuera de una congregación, y de consultor de la comisión preparatoria, me invitaran a formar parte del grupo de los cuatro notarios que debían confeccionar las actas del capítulo. Por esta razón consideré una gracia especial del Señor poder participar de tal forma en aquella asamblea que tenía como misión la renovación de la orden según el espíritu del concilio Vaticano II.

En este capítulo se presentó y se votó la primera redacción de la “*Declaración de los elementos principales de la vida cisterciense en la actualidad*”, documento de gran valor teológico y práctico. También se presentó el primer proyecto de “*Constituciones para toda la Orden*”, el proyecto de “*Estatutos para la Casa General y Colegio Internacional*” y otros muchos temas importantes, como los hermanos conversos y las monjas.

Naturalmente fue con mucho temor y miedo que procedí a leer el texto de mi ponencia sobre el “*Gobierno de los monasterios y el ministerio del abad*”. Antes de que empezase a hablar el modera-

dor que presidía el capítulo hizo saber que mi exposición era a título personal, que no era doctrina oficial del mismo capítulo. Sin embargo algunos abades tuvieron la delicadeza de agradecer mis palabras, diciendo que les había ayudado a hacer un examen de conciencia.

La segunda parte de este capítulo general ordinario y especial se celebró en la abadía de Marienstatt, en Alemania, desde el día 22 de julio hasta el día 11 de agosto de 1969. Durante las largas e interesantes reuniones se llevó a cabo el estudio y la aprobación de todos los textos y propuestas que ya habían sido tratados en la primera parte del capítulo. A mi me tocó también formar parte del grupo de los cuatro notarios. Los padres capitulares hicieron su labor y ofrecieron a la orden los instrumentos convenientes para llevar a cabo en cada una de las casas la renovación que el concilio Vaticano II deseaba.

En septiembre de 1970, el abad general Dom Sighard Kleiner vino a Solius para realizar la visita canónica. Y durante el curso de la misma, me ofreció pasar un tiempo en la casa general de la orden en Roma, para poder completar mi formación y realizar estudios superiores. La propuesta encerraba un dilema. De una parte suponía abandonar el proyecto iniciado en Solius de tratar de encontrar una forma más sencilla y actual de la vida monástica cisterciense, sobre todo teniendo a mano todo el material propuesto por el capítulo general ordinario y especial. Por otra parte, yo era muy consciente de mis limitaciones y de las lagunas de mi formación. Por esta razón, me incliné a aceptar la propuesta del abad general y trasladarme a Roma, para iniciar estudios por espacio de dos años. Dios tenía sus planes y los acontecimientos se desarrollaron de forma bastante inesperada, como se verá más adelante.

Cuarto Éxodo

—1992—

El día 26 de julio de 1992, a las siete de la mañana, acompañado del P. Massimo Marianella, monje de Casamari, después de veintidós años de permanencia en la Ciudad Eterna, salía para España, y concretamente para Asturias para tomar posesión del antiguo monasterio cisterciense de Santa María de Valdediós (Villaviciosa).

En efecto, el día 22 de junio de 1992, el cardenal Eduardo Martínez Somalo había enviado una carta al abad general de la orden cisterciense, Dom Polycarp Zakar, en la que disponía que, para ayudar a la orden en la restauración de la antigua Congregación Cisterciense de San Bernardo de Castilla, erigía en priorato conventual el antiguo monasterio de Santa María de Valdediós, en Asturias, y me nombraba a mí, Jorge Gibert Tarruell, prior conventual del mismo.

Aproveché los últimos días del mes de julio para despedirme del personal de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en la que había trabajado desde marzo de 1976. El cardenal Prefecto Antonio M^a Javierre me hizo entrega de la medalla *“Pro Ecclesia et Pontifice”* que la secretaría de Estado del Vaticano me había concedido como agradecimiento por los servicios prestados.

Este éxodo, aunque aparentemente aparecía bajo signos positivos y de esperanza, para mí suponía un corte profundo y traumático. En efecto me veía obligado a abandonar mi trabajo en la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, la ense-

ñanza en el Pontificio Instituto Litúrgico de San Anselmo, así como todas las demás actividades que había desarrollado en los veintidós años de mi vida romana. Y no era nada fácil. Tuve que hacer un esfuerzo para asumir la decisión del cardenal prefecto y del abad general como expresión de la voluntad de Dios.

Precisamente, cuando empezó a perfilarse con una cierta veracidad la posibilidad de esta renuncia, fui a consultar la cuestión con el P. Jesús Torres, claretiano español y sub-secretario de la Congregación de Religiosos, que me conocía bien y estaba al corriente de mis actividades romanas. Después de escucharme, me dijo con tono sincero y convencido: *“Los trabajos que usted hace en Roma, mejor o peor, pueden hacerlos otros, pero esa fundación, si no la hace usted no la hace nadie”*. ¡No quedaba posibilidad de escapar!

Había llegado a Roma el día 14 de octubre del año 1970, y me había instalado en la casa general de la orden, conocida también como “Colegio de San Bernardo”. Se encuentra en el llamado Aventino, y fue construida por los abades generales Edmundo Bernardini y Mateo Quatember. El proyecto inicial quería ser un pequeño monasterio en estilo neorrománico, pero el ayuntamiento de Roma, alegando que ya había demasiados edificios “religiosos” pidió algo más moderno. Se trata de un edificio de tres plantas, de estilo indefinido, pintado de color amarillo ocre, y relativamente cómodo para el uso cotidiano.

Aunque no es un monasterio propiamente dicho, el ambiente de la casa era monástico, y en la capilla cada día se recitaba todo el oficio canónico a excepción de las vigiliass o maitines, pues por atención a los estudiantes que no faltaban, cada uno debía recitarlos en privado. Los domingos y fiestas se cantaba la misa conventual y las vísperas. Al principio se celebraba el oficio según el antiguo breviario de la orden cisterciense, y más tarde se adoptó el breviario de Heiligenkreuz (Austria), siempre en latín. Cuando llegué solamente había concelebración los domingos, pero muy pronto se introdujo todos los días. Generalmente había lectura durante las comidas, y los superiores tenían capítulos de formación de vez en cuando.

Lo primero que hice en Roma fue matricularme en el Pontificio Instituto de Liturgia, de San Anselmo, para iniciar los estudios li-

túrgicos. Por las mañanas trabajaba en la biblioteca de la casa general, que se me había confiado, y por las tardes frecuentaba los cursos de liturgia. Fue una gozada tanto por la seriedad con que se impartían las materias como por el trato distinguido del profesorado. Nunca podré olvidar a los profesores Marsili, Neunheuser, Pinell, Nocent, Federici, Triaca, etc. Además de los cursos fundamentales, frecuenté varios seminarios y cursos opcionales. Recuerdo sobre todo el primer seminario con el P. Jordi Pinell, monje de Montserrat, sobre liturgia hispánica, que fue el origen de mi especialización y de los temas de mis tesis de licencia y doctorado.

En 1971, el abad primado de la Confederación Benedictina, Dom Rembert Wekland, convocó una comisión de trabajo en la que tomaban parte monjes de la misma confederación, de la orden cisterciense y de la orden de los cistercienses reformados o trapenses, con el propósito de preparar un proyecto de oficio divino válido para toda la familia monástica benedictina. La orden cisterciense designó como miembro de esta comisión al entonces abad de Hauteville (Suiza) y presidente de la comisión litúrgica de la orden, Dom Bernhard Kaul, el cual me invitó a acompañarle en calidad de secretario para participar en aquellas reuniones.

Después de los primeros contactos, los cistercienses reformados anunciaron que se retiraban del grupo de trabajo, aduciendo que en las casas de su orden ya se habían llevado a cabo importantes trabajos para la renovación del oficio y no deseaban perder cuanto había obtenido de positivo. Muy pronto la orden cisterciense, deseando mantener una colaboración más estrecha con los trapenses, se retiró también de la mencionada comisión de trabajo. En aquel momento, el P. Henry Ashworth, monje de Quar Abbey (Reino Unido) y secretario de la comisión, me invitó a seguir trabajando con ellos a título personal, lo que hice con el consentimiento del abad general de la orden, Dom Sighard Kleiner.

Fue en el ambiente de trabajo de la comisión que se me insinuó la conveniencia de intentar la preparación de un nuevo proyecto de distribución del salterio. Para esta tarea recibí la colaboración y la asistencia del P. Jordi Pinell, osb. Este proyecto fue conocido por el P. Abad Bernhard Kaul, el cual lo incluyó en nota en el documento del capítulo general de 1974. Inesperadamente, recibí una comuni-

cación del monasterio de Heiligenkreuz en la que se me informaba de los trabajos de la comisión que preparaba el volumen de la liturgia de las horas para el monasterio, y que había escogido y adoptado mi proyecto de distribución de los salmos. Y así hoy día hay varios monasterios de la orden que celebran el oficio divino con la distribución preparada por un servidor.

Cuando en 1972 terminé el bienio y la tesis de licencia, los superiores me invitaron a hacer el año del doctorado y preparar la tesis de laurea. Durante aquellos años, además del trabajo en la biblioteca, colaboré en la contabilidad de la casa general.

En abril de 1973, y con la autorización del P. Abad general, junto con un amigo sacerdote, con el saco de dormir a la espalda, hicimos un viaje-peregrinación por Israel. Tuvimos la suerte de poder celebrar en Jerusalén la Pascua judía, la Pascua católica y la Pascua ortodoxa. Fueron unos días de profunda espiritualidad y experiencias gratificantes, que han dejado en mí un recuerdo imperecedero. A modo de anécdota puedo decir que una persona que me preguntó qué era lo más me había gustado, recuerdo que le respondí: el encinar de Mambré, por su autenticidad y sencillez.

Por estos años y en relación con mis estudios litúrgicos, participé junto otros sacerdotes amigos, en una catequesis de las que organizaba el grupo de los neocatecumenales, en vista de la formación de una nueva comunidad. Dado que por circunstancias internas esta nueva comunidad no pudo funcionar, algunos de sus miembros decidieron convertirse en un grupo de matrimonios, al estilo del movimiento de Notre Dame, y me hice cargo de su dirección espiritual.

En 1974, Mons. Annibale Bugnini, arzobispo secretario de la Congregación para el Culto Divino me invitó a participar en un grupo de trabajo para preparar la revisión del Ritual de Bendiciones. Esta fue la primera ocasión en la que me encontré involucrado con organismos de la Santa Sede.

El día 18 de junio de 1975 tuvo lugar la defensa pública de mi tesis doctoral, que trataba de la celebración de la Pascua en la antigua liturgia hispánica o hispano-mozárabe. El tribunal, además del rec-

tor de San Anselmo, estaba formado por los profesores Jordi Pinnell, osb, Tommaso Federici y Achille M^a Triacca, sdb, los cuales decidieron aprobar el trabajo con la calificación de “*Summa cum laude*”. Tuve el consuelo de que en el acto estuvieran presentes mis padres, llegados expresamente de Barcelona, y también me acompañaron Mons. Annibale Bugnini, junto con Mons. Piero Marini, de la misma congregación.

A finales del mes de junio, el P. Burhard Neunheuser, presidente del Pontificio Instituto Litúrgico me ofreció quedarme como profesor en el mismo Instituto. Con el beneplácito del abad general, acepté la propuesta. Sin haberlo nunca pensado, me encontraba convertido en profesor en un centro universitario. Sentía toda la responsabilidad y al mismo tiempo era consciente de mis limitaciones, pero confié en el Señor y me puse manos a la obra. En septiembre inicié con algunos cursos menores y con algún seminario. Poco a poco fui integrándome en la tarea y encontrando satisfacción al impartir los cursos y ayudar a los alumnos a valorar y a amar la liturgia. Cuando me confiaron cursos importantes, como el “*Año Litúrgico*” o el “*Sacramento del Orden*”, llegué a tener de ochenta a cien alumnos en la clase. Los cursos se impartían en italiano.

En febrero de 1976, Mons. Virgilio Noé, sub-secretario de la nueva Congregación para la Disciplina de los Sacramentos y el Culto Divino me invitó a trabajar en la misma, como responsable de la sección de lengua española y portuguesa. Con el beneplácito del abad general acepté la propuesta y empecé a trabajar a primeros del mes de marzo. El papa Pablo VI, que seguía muy de cerca la actividad de la congregación, al enterarse de la entrada de un nuevo oficial, quiso conocerlo, y así tuve una audiencia a solas con él, de la que guardo un recuerdo imborrable.

Mi trabajo en la congregación me ocupaba todas las mañanas de 8,30 hasta 13,30, y en las tardes de martes y viernes de 17,00 a 19,00. Tenía que examinar y resolver todas las cuestiones que llegaban de España, de América Latina y de Portugal, revisar los propios presentados en lengua española o portuguesa, responder a las cartas y recibir las visitas de estos países. Además era necesario participar en las reuniones de trabajo que se organizaban dentro

de la congregación, y participar en los llamados “congresos” que tenía lugar generalmente una vez por semana en la que todo el personal de la congregación, presidido por los superiores, discutía los temas del orden del día.

Los años que estuve en la congregación fueron una gozada. La materia de la que debía ocuparme era interesantísima; era un momento delicado de la reforma litúrgica querida por el concilio Vaticano II, y esto suponía estar en contacto con las fuerzas vivas de la iglesia. Pude conocer y tratar a las grandes figuras de la liturgia contemporánea. De estos años guardo muchos recuerdos interesantes, pero me limitaré a recordar, por ejemplo, mi participación en la asamblea de comisiones litúrgicas de lengua española; cuando me nombraron en 1980 secretario de la comisión que debía preparar el nuevo Martirologio de la iglesia convencí a los superiores para que entrara en la congregación el primer ordenador; en 1984 me encargaron la organización del congreso de presidentes y secretarios de las comisiones litúrgicas de toda la iglesia, que reunió a más de seiscientas personas.

Además durante estos años continué colaborando con la orden cisterciense. Tome parte en todos los sínodos y capítulos que se celebraron, ya como notario o como secretario, tanto si se celebraban en Roma o en el extranjero. Con Dom Bernhard Kaul, abad de Hauterive y presidente de la comisión litúrgica de la orden trabajé en la preparación de los textos eucológicos de las misas propias de la orden. Además y también bajo su consejo, preparé el volumen titulado “Textos Propios para las celebraciones de los santos”, así como un documento proponiendo antífonas del fondo propio de la orden para los días litúrgicos según los nuevos leccionarios romanos.

Unos sacerdotes amigos que regentaban el Centro Ecuménico de la Reconciliación en Lavinio, cerca de Anzio (Roma), me convencieron para que les ayudase los domingos para la celebración de la eucaristía. Además algunas comunidades de religiosas me pedían la predicación de retiros o de conferencias de liturgia.

En 1985 el capítulo general de la orden eligió como nuevo abad general a Dom Polykarp Zakar, que me nombró su secretario particu-

lar. En sus viajes a España constató que en Cataluña había dos monasterios masculinos y tres femeninos, mientras que en el resto del país había unos veinte monasterios de monjas y ningún monasterio masculino. Empezó a decir que era necesaria la fundación de una casa masculina para restaurar la antigua Congregación de Castilla o de San Bernardo. Alguna que otra vez llegó a decir en público que para esta labor estaba dispuesto a sacrificar a su secretario, es decir a un servidor.

En octubre de 1989, los profesores del Pontificio Ateneo de San Anselmo organizaron un viaje destinado a mantener contactos culturales y religiosos en la entonces llamada Unión Soviética. Era en plena época de la perestroika de Gorbachov. Con el permiso del abad general pude participar en el viaje y en todas sus actividades. Estuvimos primero en Kiev donde tuvimos un encuentro en la universidad de Kiev y participamos en celebraciones de la iglesia ortodoxa. En San Petersburgo tuvo lugar un encuentro ecuménico con la Academia Teológica Alexander Nevski, y en Moscú fuimos recibidos por un miembro del patriarcado ortodoxo. Naturalmente visitábamos en cada ciudad los monumentos más importantes, y siempre se procuró tener contactos con la población, con el personal académico y religioso. Fue una experiencia sumamente gratificante, de la que doy gracias a Dios.

Al principio no había dado demasiada importancia a las palabras del abad general en relación con una fundación en España, tanto más que me constaba que estaba en contacto con algunos abades en vista de la misma. En 1990 el abad de Casamari, Dom Ugo Tagni acepto en principio la idea de la fundación, y dado que el arzobispo de Oviedo, Mons. Gabino Díaz Merchán, ofrecía el antiguo monasterio de Valdediós, éste me invitó a hacer de intermediario entre él y el arzobispo. Se llegó a fijar como posible fecha de fundación el verano de 1992.

Inesperadamente, en el mes de enero de 1992, el consejo del abad de Casamari declaró que no era posible llevar a cabo la proyectada fundación, debido a problemas internos de la congregación de Casamari. El abad general, que deseaba por realizar este proyecto, se puso en contacto con el cardenal Eduardo Martínez Somalo, prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y

las Sociedades de Vida Apostólica. El abad general expuso al cardenal prefecto que, según las constituciones de la orden, él no podía hacer una fundación, pero que si la Santa Sede tomaba la iniciativa, la orden aceptaría la nueva casa y colaboraría en su desarrollo. Esta gestión de Dom Zakar está en el origen de la carta que el cardenal prefecto escribió el día 22 de junio de 1992. El cardenal me conocía personalmente de los años en que fue prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos donde yo trabajaba.

La idea de volver plenamente a la vida monástica no me desagradaba en absoluto, sobre todo después de los años de toda mi actividad en la congregación y en San Anselmo que había vivido. Además se trataba de iniciar una nueva comunidad, con posibilidad de organizarla según el nuevo espíritu que se vivía en la iglesia. Y así fue como acepté renunciar a todo lo que tenía en Roma y lanzarme a una aventura que no dejaba de ser problemática.

Quinto Éxodo

—2009—

El día 16 de febrero de 2009, a las tres de la tarde, y después de casi diecisiete años de permanencia, obedeciendo a las indicaciones de mis superiores, abandoné el monasterio de Santa María de Valdediós (Villaviciosa), en Asturias, para dirigirme al de Santa María de Viaceli (Cóbreces), en Cantabria, donde se me había destinado.

En efecto, el día 26 de enero, solemnidad de los Santos Fundadores de la orden cisterciense, san Roberto, san Alberico y san Esteban, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, con un decreto firmado por el cardenal prefecto Franc Rodé cm, declaraba extinguida la comunidad cisterciense de Valdediós.

Un año antes, el mismo día 26 de enero, el mismo cardenal prefecto había manifestado su decisión de cerrar la casa. A lo largo del año 2008 fuimos recibiendo indicaciones por parte el arzobispo de Oviedo, y delegado de la Santa Sede para Valdediós, Mons. Carlos Osoro Sierra, para ir preparando el final de aquella experiencia monástica, y en los primeros días de diciembre de 2008 recibí una carta firmada por Mons. Joseph William Tobin cssr, secretario de la dicha congregación, en la que me comunicaba mi cese como prior conventual. Y el arzobispo de Oviedo, en aquellos mismos días, me había intimado abandonar cuanto antes el monasterio, para que pudiesen ocuparlo los religiosos franceses de la congregación de San Juan Evangelista.

Había llegado al monasterio de Santa María de Valdediós el día 9 de julio de 1992, día en que se recordaban los santos Hospederos del Señor, los hermanos san Lázaro, santa Marta y santa María, junto con el P. Massimo Marianella, monje de Casamari que se me había dado como colaborador. Al llegar se nos juntaron tres candidatos que deseaban abrazar la vida monástica. Rodeados de un grupo de amigos así como del vicario general y del ecónomo de la diócesis, después de una frugal cena bajamos a la Iglesia para cantar la Salve cisterciense.

En el valle de Boiges, cerca de Villaviciosa (Asturias), en el año 793, el rey Alfonso III había construido la pequeña iglesia de San Salvador, vulgarmente conocida como “El Conventín”. En 1200, el rey Alfonso IX entregó esta propiedad al monasterio de Sobrado (Galicia) para fundar un nuevo cenobio, que tomó el nombre de Santa María de Valdediós. Tuvo una existencia próspera que permitió la construcción de la bella iglesia románica en el siglo XIII, en el siglo XVI se incorporó a la Congregación Cisterciense de San Bernardo de Castilla y fue suprimido con la desamortización de Mendizábal en 1835. La diócesis de Oviedo adquirió los edificios, estableciendo allí un seminario menor que, con altos y bajos, existió hasta los años cincuenta. En 1980 el gobierno del principado y el arzobispado de Oviedo decidieron la restauración del complejo, mediante la creación de una Escuela Taller. Por aquel entonces el arzobispo de Oviedo se había puesto en contacto con el abad general de la orden, con la idea de una restauración de la vida monástica.

En julio de 1992, el monasterio estaba en obras y nos habían preparado unos sencillos locales en el sector que más tarde fue hospedería externa del monasterio, en los que permanecemos hasta septiembre de 1993.

La primera preocupación fue la de organizar la celebración del “Opus Dei”, que ocupa un lugar primordial en la mente de san Benito. Para la liturgia de las horas adoptamos los cuatro volúmenes de la liturgia romana renovada después del Vaticano II, añadiendo para el oficio de lecturas un segundo nocturno formado por tres cánticos del Antiguo Testamento, hora que en los monasterios se celebra al comienzo de la jornada con toda solemnidad. Las demás horas se celebraban en su momento propio a lo largo del día. Him-

nos y antífonas se cantaban en latín y gregoriano, y todo el resto en castellano. La celebración de la eucaristía se fijó a las doce del mediodía, para permitir a los fieles su participación.

El arzobispo de Oviedo, Mons. Gabino Díaz Merchán, nos insinuó la conveniencia de tener alguna celebración religiosa en la iglesia de San Salvador, conocida vulgarmente como “El Conventín”. El sábado 18 de diciembre de 1993, se celebró una eucaristía según la antigua y venerable liturgia hispánica, o hispano-mozárabe, día en que se celebraba la solemnidad de santa María, en preparación de la Navidad. A partir de aquel día, cada mes se celebraban una o dos eucaristías en este rito, hasta diciembre de 2008. Los fieles apreciaron estas celebraciones y nunca faltó una notable asistencia a las mismas. Para cada celebración se preparaban los subsidios convenientes para que todos pudiesen participar en la misma.

La segunda preocupación fue la organización de trabajo para la subsistencia de la naciente comunidad. Los monasterios de monjas cistercienses de España nos prestaron un dinero que permitió iniciar un taller de encuadernación, dado que los tres candidatos que se unieron a nosotros habían aprendido el oficio en el monasterio de la Anunciación de Santo Domingo de la Calzada. Hasta 1999 la comunidad pudo contar con los ingresos modestos pero reales de esta actividad. A partir de 1999, se pudo vivir de las entradas que venían de las dos hospederías, la interna para varones, y la externa mixta.

En la noche del 6 al 7 de octubre de 1992, una lluvia torrencial provocó una crecida del río Valdediós, que transcurre junto al monasterio provocando una inundación en el claustro y en la iglesia, con casi más de un metro de agua. Fue una experiencia impresionante por sus características y sus consecuencias. El fenómeno se repitió en la noche del 25 al 26 de diciembre de 1993 con más fuerza si es posible. Por esta razón inicié una serie de gestiones que tuvieron como resultado la canalización del río en el tramo que transcurre junto al monasterio, con lo cual, al menos en principio, se evitarán nuevas inundaciones en el interior del edificio.

El abad general había indicado al cardenal Martínez Somalo que la orden habría aceptado la fundación de Valdediós hecha por la San-

ta Sede. Pero no fue así. En enero de 1993, solicité del abad general, que teóricamente era el delegado de la Santa Sede para Valdediós, la autorización para que los candidatos pudiesen iniciar el noviciado. El abad general me informó que la orden no le consentía que actuase como delegado de la Santa Sede, y fue necesario buscar otra persona, Dom Bernard Aubertin, abad del Monasterio de Lérins (Francia), y que en los años sucesivos siguió de cerca la vida de Valdediós.

Al abad general no le fue posible establecer desde el principio un pequeño grupo estable de comunidad en la nueva fundación, pues, a todas luces, no eran suficientes mi presencia y la del P. Massimo. En un segundo momento intentó enviar un monje de Lérins, pero solamente permaneció unos pocos meses. Más tarde envió a cuatro monjes procedentes del monasterio de Poblet, e hizo todas las diligencias jurídicas necesarias para que profesaran en Valdediós. Pero, aunque eran personas inteligentes y preparadas, su proyecto no coincidió con el de Valdediós, y en 1999, la Santa Sede tuvo que disponer una visita especial, a raíz de la cual tres de estos monjes abandonaron el monasterio.

La comunidad quedó sumamente pobre y reducida, y el cardenal Martínez Somalo invitó a la orden a enviar refuerzos, pero nadie atendió a sus solicitudes. Dentro de nuestra pequeñez traté de seguir adelante, pero los que intentaban ingresar no encontraban un grupo comunitario capaz de inspirar confianza, y terminaban abandonando el monasterio.

Un grupo de amigos del monasterio y de la comunidad propusieron la creación de un “Círculo Cultural de Valdediós”, que muy pronto llegó a ser una realidad. Se organizaban ciclos de conferencias así como conciertos en especial de música clásica utilizando el magnífico salón de actos que había dispuesto la Escuela Taller en el antiguo refectorio del seminario. De este modo, Valdediós se convirtió en una referencia cultural para toda Asturias. Cada año el círculo publicaba la documentación pertinente de las actividades realizadas.

En 1995, los médicos me invitaron a someterme a una operación quirúrgica para extirpar un tumor en el riñón izquierdo. A raíz de

esta operación, y por medio de unos amigos romanos, entré en contacto con el doctor Gianfranco Valsé Pantellini, un médico de Florencia (Italia), que en sus trabajos e investigaciones había llegado a la conclusión de que las enfermedades degenerativas podían ser tratadas eficazmente con el llamado “*Ascorbato de potasio*”. Desde aquel momento cada mañana me tomo este preparado que me facilita el doctor Valsé Pantellini, con resultados francamente positivos. El citado doctor visitó Valdediós y solicitó la autorización pertinente para instalar en el monasterio el centro productor de su *Ascorbato*. Con el consentimiento del arzobispado de Oviedo, se le cedieron unos locales y así Valdediós se convirtió en el centro de la confección del *Ascorbato* hasta 2017 en que se ha inaugurado un local especializado en la localidad de Noreña.

Después el capítulo general de la orden cisterciense de 1995, se creó un grupo de superiores de monasterios de lengua francesa, al que me invitaron a participar, así como a otros superiores de otras regiones. Cada año teníamos un encuentro de estudio y trabajo, que fue para mí sumamente importante, y entre otras cosas, me permitió conocer otros monasterios de monjes y de monjas y aprender lecciones importantes.

La Escuela Taller iba restaurando poco a poco las distintas partes del complejo monástico, las cuales se nos confiaban para nuestro uso. Pero los proyectos de esta escuela eran limitados y me di cuenta de que convenía hacer gestiones acerca de otras entidades para poder avanzar en la total recuperación del monasterio.

Así me puse en contacto con la Fundación “*Porticus*”, dependiente de la familia Breninkmeijer, de Holanda y Alemania, cuya hija era la priora del monasterio cisterciense de Sostrup, en Dinamarca. Esta fundación financió la hospedería externa del monasterio, que fue una de las fuentes de ingresos para la comunidad. Además contribuyeron en varias obras de la biblioteca, así como en la construcción del oratorio o capilla situado en la parte alta de la sala capitular del claustro, donde tuvimos nuestras celebraciones durante las obras de restauración de la iglesia de santa María.

La Fundación “Príncipe de Asturias” colaboró también en la recuperación de partes importantes del monasterio. En primer lugar

restauraron la sacristía del siglo XVII, consolidando la estancia, renovando su ajuar así como las pinturas que decoran sus muros. En un segundo momento dedicaron su atención a la restauración del coro alto de la iglesia de santa María, y de la sillería renacentista del mismo. La consejería de Cultura del Principado de Asturias restauró los retablos de los altares de Santiago y de las santas Vírgenes, situados en la nave de la iglesia de santa María.

La Fundación “Caja Madrid” procedió a la limpieza, consolidación y restauración del retablo del ábside central de la iglesia de santa María. La Hermandad de Ex Alumnos del Seminario de Valdediós regalaron la que actualmente es la segunda campana del monasterio, y un amigo particular regaló la primera campana del mismo. Me interesé en la restauración de la antigua imagen de la Virgen María con el Niño que preside la hornacina del claustro, obra que realizó un joven escultor amigo de la comunidad.

En 2001, el ministerio de Fomento del gobierno de España destinó una subvención de un millón de euros para la consolidación y restauración de la iglesia de santa María, del siglo XIII, así como de la panda adyacente del claustro y de la biblioteca. Esta obra que duró casi tres años, obligó a disponer de un oratorio o capilla, que se ubicó en el primer piso del monasterio, justo encima de la antigua sala capitular. La Fundación “*Porticus*”, como ya se ha dicho, ayudó a financiar las obras. Dado que era de reducidas dimensiones, en los días de gran afluencia de fieles la celebración de la eucaristía tenía lugar en el salón de actos. En él celebramos dos veces los oficios de semana santa.

Los libros de mi biblioteca personal como profesor en San Anselmo que vinieron conmigo desde Roma, fueron el núcleo de la biblioteca de Valdediós. Muy pronto con la ayuda y colaboración de amigos y bienhechores creció el número de obras sobre todo de teología, de historia y de arte. La comunidad por su cuenta adquirió la “*Patrología Latina de Migne*”, el “*Dictionnaire de spiritualité*” así como otras obras necesarias para la formación intelectual de la comunidad.

En 2005, la comunidad inició una campaña destinada a obtener los medios necesarios para instalar en la iglesia de santa María un

sistema de calefacción, dado que en invierno los fieles se quejaban del frío y de la humedad. Se pudo adquirir una buena parte del material, que quedó depositado en el monasterio, pero no se pudo proceder a la instalación debido a la supresión de la comunidad cisterciense en 2009.

En 1998, el abad de Lérins, Dom Bernard Aubertin, fue nombrado obispo de Chartres, y en 2000, debido a sus nuevas obligaciones pastorales, presentó a la Santa Sede su renuncia como delegado de la misma para el monasterio de Valdediós. En su lugar fue nombrado el arzobispo de Oviedo, Mons. Gabino Díaz Merchán, que ocupó el cargo hasta el año 2006 en que fue designado Mons. Carlos Osoro, nuevo arzobispo de Oviedo.

En los años en que he sido responsable de Valdediós he tenido que luchar contra viento y marea, sintiéndome muy solo, pues puedo decir que no he tenido ayuda de nadie y a menudo he tenido que tomar decisiones de forma solitaria. En estos años y a pesar de esta situación, se han logrado enormes sucesos en orden a la restauración del conjunto del monasterio y a la actividad espiritual y cultural, que muestran como el Señor ayudaba de modo efectivo. Yo he dicho a menudo que en estos años he tocado la mano de Dios de muchas maneras. El resultado está a la vista, con el monasterio restaurado y funcionando a pesar de todo.

Pero a la vez ha sido un calvario continuado pues yo veía como, a pesar de los logros positivos, todo se iba encaminando al desastre, pues carecía a mi lado de personas capaces de asegurar la continuidad de la obra y de formar a los candidatos. En estos años se han interesado por la vida monástica unas ciento cincuenta personas, algunas de las cuales llegaron a entrar pero no cuajaron.

Cuando el cardenal Rodé nos comunicó que estaba decidida la supresión de Valdediós, se nos invitó a buscar un monasterio donde retirarnos. Entonces pedí poder volver a los monasterios en los que había estado antes (Poblet y Solius), pero los superiores me indicaron la conveniencia de retirarme a Viaceli, aunque ello suponía de hecho un cambio de orden. Lo acepté como expresión de la voluntad de Dios. El Señor me ha ayudado a ver todo este conjunto de

circunstancias desde el ángulo de la fe, apoyándome en la convicción de que él me ama y que no me dejará en ningún momento.

En aquel entonces la comunidad de Valdediós estaba formada por seis personas. Dos monjes, profesos solemnes, por razones personales, solicitaron y obtuvieron del arzobispo de Oviedo y delegado de la Santa Sede poder dejar el monasterio y trasladarse a la ciudad de Gijón. Al quedar solamente cuatro, el 26 de enero de 2008, el cardenal Rodé nos hizo saber que la casa dejaría de existir al año siguiente.

En dos ocasiones, y siguiendo las indicaciones del arzobispo de Oviedo y delegado de la Santa Sede para Valdediós, tuve que acompañar y mostrar el monasterio y dependencias a los religiosos franceses de la “*Congregación de San Juan Evangelista*”, a quienes el arzobispo quería confiar el complejo monumental de Valdediós.

La última eucaristía que celebramos como despedida reunió a más de novecientas personas que vinieron a mostrar su afecto hacia los monjes y su tristeza por el cierre de la comunidad. Porque el cierre de Valdediós supuso la pérdida de unos valores para Asturias y para sus habitantes. Dios sabe el porqué de tal decisión.

En espera del último y definitivo Éxodo

El día 16 de febrero de 2009, a las cinco de la tarde, llegué al monasterio de Santa María de Viaceli, en Cóbreces (Cantabria), donde mis superiores me habían destinado en el momento de la supresión de la comunidad cisterciense de Valdediós.

Consciente de que en la indicación de los superiores debía acoger la voluntad del Señor sobre mi persona, he venido aquí para esperar con fe y amor el momento en que tendrá lugar mi último y definitivo éxodo, hacia la casa del Padre que nos ama con amor infinito y constante.

A menudo, cuando he tenido que explicar el sentido de la muerte cristiana, he utilizado el siguiente símil, que me parece apropiado:

“Cuando la mujer queda encinta, en su seno se va formando, poco a poco, el nuevo ser, que está abrigado, protegido y alimentado, objeto de amor y de interés. Durante los meses de gestación, va adquiriendo nuevas capacidades y sensaciones, que le van disponiendo para su futuro. Pero llega el momento del parto, tiene lugar un trauma que despoja al nuevo ser de toda protección, le expulsa a una nueva dimensión, y ante esta experiencia no puede menos que ponerse a llorar. Pero no se da cuenta de que empieza para él algo maravilloso, espectacular, magnífico como es la vida humana. Podrá crecer, desarrollarse, llegar a ser alguien. Y estoy convencido que la muerte no es más que un segundo parto, que nos arranca de esta vida caduca y limitada, para hacernos entrar en una dimensión nueva, en la vida eterna que nos ha

anunciado y prometido Jesús. Ignoramos cómo será, pero nos basta saber que será un estar para siempre con Él para gozar de la plenitud de la vida en la gloria de Dios”.

Cuando llegué a Viaceli, la comunidad constaba de unos veinte monjes, en general de edad avanzada. La comunidad se caracteriza por su fidelidad a la celebración del “Opus Dei” según el espíritu de la regla benedictina. Me recibieron fraternalmente y, en cuanto se dio la ocasión, me demostraron su confianza eligiéndome como miembro del consejo del padre abad. Más tarde me encargaron de la gestión de la hospedería, y finalmente me nombraron maestro de novicios.

Lo que me sorprendió de la comunidad de Viaceli es la forma de celebrar el oficio divino. Es una liturgia híbrida, que no es la antigua liturgia monástica, ni la liturgia cisterciense, ni la liturgia romana. El que compendió los elementos de la liturgia de Viaceli sin duda alguna lo hizo con muy buena voluntad, pero al mismo tiempo demostró poca preparación en el campo litúrgico, visto desde mi perspectiva como profesor que he sido de la liturgia de las horas.

Los que hemos estado en Roma y en el Vaticano, y hemos visto la precisión, el interés y la minuciosidad con que allí se preparan los textos que han de servir para la celebración de la liturgia de la iglesia, quedamos muy sorprendidos al ver el modo fácil y superficial de abandonar los textos aprobados para sustituirlos por textos modernos, de escaso valor teológico y de un fuerte carácter devocional.

En Viaceli me dispensaron del servicio en el refectorio y en la que-sería. Pude pues disponer de tiempo para el trabajo intelectual. En los primeros tiempos participé en algunos cursos del llamado PREM¹, así como pude dar algunas conferencias sobre liturgia hispánica que me pidieron. Pero pronto comprendí que mi época había pasado. Quedaron únicamente las charlas de los jueves por la tarde a la comunidad, así como algunos cursos a los novicios.

¹ PREM: Plan Regional de Estudios Monásticos. Encuentros que se organizan para la formación monástica de monjes profesos temporales y de recién profesos.

Cuando llegué a Viaceli, algunos amigos que habían seguido mis homilias en Valdediós, me pidieron poder continuar aprovechándose de alguna manera de mis palabras. Así nació la práctica actual de enviar cada fin de semana unas consideraciones o reflexiones acerca de la palabra de Dios a unos amigos, cuyo número ha ido creciendo con los años. Se trata de un humilde servicio que, según me consta, sirve de ayuda a muchas personas.

En Viaceli he podido también preparar y publicar algunos trabajos sobre liturgia. Pero sobre todo he podido dedicar tiempo a mi tesis doctoral. Cuando empecé a escribirla, mi director, el P. Jordi Pinell osb, me insistió que lo hiciera en lengua catalana. Y así lo hice. Una vez aprobada en 1975 nadie quiso publicarla. Para obtener el título hice la traducción al castellano y lo publiqué en la revista “*Ephemerides Liturgicæ*”. Después seguí con el trabajo de traducción, pero con un cambio de programa en el ordenador, perdí el trabajo hecho. Empecé de nuevo, pero la actividad en la Congregación del Culto Divino y en San Anselmo logró aparcarse el trabajo. En Viaceli he podido preparar una traducción de toda la tesis en castellano, en espera de que alguien se anime a publicarla.

Unos amigos que saben apreciar las riquezas de la liturgia de las horas de la antigua y venerable liturgia hispánica o hispano-mozárabe, que, redactados en latín, se encuentran en el “*Breviarium Gothicum*” y en los demás textos que han llegado hasta nosotros, se lamentaban de que el gran público no pudiera acercarse fácilmente a ellas. Por esta razón me invitaron a preparar un subsidio, y en 2017, el *Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona* publicó el volumen que lleva por título “*Vesperal Hispano-mozárabe*” y que ofrece algunos textos de la plegaria de la tarde según los distintos tiempos litúrgicos del año. Está preparado y esperamos que vea pronto la luz un segundo volumen que llevará el título de “*Matutinal Hispano-mozárabe*”, con textos escogidos de la oración de la mañana.

Llegado a este punto no me queda más que repetir que estoy en las manos de Dios, que acepto todo lo que disponga sobre mi persona, esperando el último y definitivo éxodo.

Para terminar estas notas sobre mis Éxodos, quiero hacer mía la magnífica plegaria de acción de gracias que el autor del libro del Eclesiástico ofrece casi al final del mismo (*Eclo 51,1-12*):

*1 Te doy gracias, Señor y Rey,
te alabo, oh Dios mi salvador,
a tu nombre doy gracias.*

*2 Porque fuiste mi protector y mi auxilio,
y libraste mi cuerpo de la perdición,
del lazo de una lengua traicionera,
de los labios que urden mentiras;
frente a mis adversarios
fuiste mi auxilio y me liberaste,*

*3 por tu inmensa misericordia y por tu nombre,
de las dentelladas de los que iban a devorarme,
de la mano de los que buscaban mi vida,
de las muchas tribulaciones que he sufrido;*

*4 de las llamas sofocantes que me envolvían,
de un fuego que yo no había encendido;*

*5 de las entrañas del abismo,
de la lengua impura, de la palabra mentirosa,
6 calumnia de una lengua injusta ante el rey.*

*Yo estaba a punto de morir,
mi vida tocaba el abismo profundo.*

*7 Por todas partes me asediaban y nadie me auxiliaba,
buscaba a alguien que me ayudara y no había nadie.*

*8 Entonces me acordé, Señor, de tu misericordia
y de tus obras que son desde siempre,
de que tú sostienes a los que esperan en ti
y los salvas de la mano de los enemigos.*

*9 Y desde la tierra elevé mi plegaria,
supliqué ser librado de la muerte.*

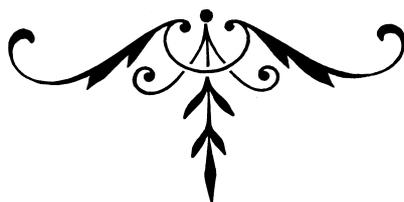
*10 Clamé al Señor: «Tú eres mi Padre,
no me abandones el día de la tribulación,
cuando acosan los orgullosos y estoy indefenso.*

*Alabaré tu nombre sin cesar
y te cantaré himnos de acción de gracias».*

*11 Y mi oración fue escuchada,
pues tú me salvaste de la perdición
y me libraste de aquel mal momento.*

*12 Por eso te daré gracias y te alabaré,
bendeciré el nombre del Señor.*

Jorge Gibert Tarruell
Monasterio de Santa María de Viaceli
1 de enero de 2019



Currículum

Nacido en Badalona (prov. de Barcelona), el 30 de abril de 1931, realizó su enseñanza primaria y secundaria en Badalona y Barcelona, para estudiar después en la Universidad Industrial de Barcelona.

El 4 de noviembre de 1950 ingresó en el monasterio cisterciense de Santa María de Poblet (prov. de Tarragona), en el que emitió su profesión temporal el 13 de noviembre de 1951 y la solemne el 14 de noviembre de 1954. Cursó los estudios eclesiásticos en el mismo monasterio de Poblet. Ordenado presbítero el 7 de octubre de 1956, fue nombrado secretario del abad de Poblet. En septiembre de 1957 se trasladó a Roma, matriculándose en el Pontificio Ateneo de San Anselmo, cursando estudios para la licencia en Teología, que obtuvo en diciembre de 1958.

En febrero de 1959 fue nombrado maestro de novicios en funciones del monasterio de Poblet, y al mismo tiempo, prefecto de estudios, profesor y bibliotecario. A estos cargos unió desde 1962 a 1965 el de responsable de las obras de restauración del mencionado monasterio de Poblet.

En enero de 1967 formó parte del grupo de monjes fundadores del monasterio cisterciense de Santa María de Solius (prov. de Gerona).

En octubre de 1970, regresó a Roma matriculándose en el Pontificio Instituto Litúrgico, en teología litúrgica, defendiendo su tesis doctoral el 18 de junio de 1975. Invitado como profesor del

mismo instituto, ejerció la docencia en dicha institución sin interrupción desde octubre de 1975 hasta junio de 1992, enseñando diversas materias.

En marzo de 1976 fue llamado a trabajar en el Vaticano, concretamente en la Congregación para el Culto Divino, como responsable de la sección de las lenguas española y portuguesa. Desarrolló estas funciones hasta julio de 1992, al hacerse cargo de la restauración del monasterio de Valdediós. Al dejar la congregación recibió la Cruz “Pro Ecclesia et Pontifice”.

Durante su estancia en Roma, desde 1970 hasta 1992, le fueron encomendadas distintas funciones en el ámbito de la orden cisterciense, como secretario de varios capítulos generales y sínodos de la orden, así como consultor de la Comisión Litúrgica de la Orden Cisterciense.

El 22 de junio de 1992, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica nombró al P. Jorge Gibert prior conventual “ad nutum Sanctæ Sedis” del monasterio de Valdediós, con el encargo de llevar a cabo la restauración del mismo, después de cerca ciento cincuenta años de abandono.

Durante el período que va desde 1992 hasta 1992, ha sido durante dos trienios consultor de la comisión de liturgia de la Conferencia Episcopal Española. Además es capellán conventual del Subpriorato de San Jorge en España de los Caballeros de Malta, y ha ejercido como capellán de los caballeros de la misma orden en Asturias.

El 10 de diciembre de 2008 la Santa Sede revocó su nombramiento de prior de Valdediós y le impuso encontrar un monasterio donde retirarse. Por no poder regresar a los monasterios de Poblet y de Solius, se ha retirado al monasterio de Santa María de Viaceli, en Cóbreces (Cantabria), cuya comunidad lo ha acogido fraternalmente, firmando su estabilidad el día 15 de mayo de 2010. Actualmente es responsable de la hospedería y maestro de novicios.

Bibliografía

I. Monástica

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Los estudios en la Congregación Cisterciense de los Reinos de la Corona de Aragón y Navarra*, en *Los monjes y los estudios*, Abadía de Poblet (Tarragona) 1963, 381-401.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La date de fondation du monastère de Poblet*, en *Citeaux* 15 (1964) 52-66

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist. – J. VIVES I MIRET, *Restes precistercenques a Poblet*, en *Miscel.lània Anselm M. Albareda*, *Analecta Montserratensia*, vol X, Abadía de Montserrat (Barcelona) 1964, 191-202.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *El eremitismo en la Hispania romana*, en *España eremítica (IV Semana de Estudios Monásticos, Leyre 1963)*, Pamplona (Navarra) 1970, 41-47.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Un intento de reforma monástica en el siglo XVIII*, en *Studia Monastica*, 18 (1976) 131-155.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Un intento de restauración cisterciense en la España del siglo XIX*, en *Analecta Cisterciensia*, 34 (1978) 365-389.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Los Monasterios Cistercienses femeninos de España desde el Concilio de Trento hasta nuestros días*, en *Schola Caritatis. Cuadernos de vida monástica*, n. 92 (1981) 98-117.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La restauración monástica de Valdediós*, en AA.VV., *Valdediós*, Arzobispado de Oviedo – Caja de Asturias, Oviedo, 1993, 117-126.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Los monjes cistercienses de Valdediós*, en AA. VV., *Los Monjes de Valdediós*, Armarium 1, Valdediós, 1995, 9-48.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La presencia de los monjes cistercienses en Valdediós*, en AA. VV., *Los Monjes de Valdediós*, Armarium 1, Valdediós, 1995, 93-99.

II. Litúrgica

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La nouvelle distribution du Psautier dans la «Liturgia Horarum»*, en *Ephemerides Liturgicæ* 87 (1973) 325-382.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Los formularios de la bendición del agua en el «Ordo Baptismi Parvulorum» y en el «Ordo Initiationis Christianæ Adultorum»*, en *Ephemerides Liturgicæ* 88 (1974) 275-309.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *El sistema de lecturas de la cincuentena pascual de la liturgia hispánica según la tradición B*, en *Liturgia y música mozárabes*, Toledo 1975, 111-124.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *El significado de la expresión «Pascha» en la liturgia hispánica*, en *Ephemerides Liturgicæ* 91 (1977) 3-31 e 132-145.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Festum Resurrectionis. Estudio de las lecturas bíblicas y de los cantos de la liturgia de la Palabra de la Misa hispánica durante la cincuentena pascual*, Roma 1977.

- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Le lingue nella liturgia dopo il Concilio Vaticano II*, en *Notitiae*, 15 (1979) 387-520.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *L'uso dei salmi nelle liturgie occidentali*, en *Rivista Liturgica* 68 (1981) 186-209.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Salmi*, en *Nuovo Dizionario di Liturgia*, ed. Domenico Sartore e Achille M. Triacca, Torino 1984, 1318-1337.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Il significato cristologico del Trisagio nella messa ispanica*, in *Paschale Mysterium. Studi en memoria dell'Abate Prof. Salvatore Marsili (1910-1983)*, *Analecta Liturgica* 10, *Studia Anselmiana* 91, Roma 1986, 33-54.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La «dedicatio ecclesiae». Il rito liturgico e i suoi principi teologici*, en *L'Amiata nel Medioevo*, ed. Mario Ascheri e Wilhelm Kurze, Roma, 1989, 19-32.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Influssi dell'Oriente nella Liturgia Ispanica*, en *Liturgie dell'Oriente Cristiano a Roma nell'Anno Mariano 1987-1988. Testi e Studi*, Città del Vaticano, 1990, 843-880.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *L'uso della «Liturgia Horarum» romana nelle comunità monastiche e contemplative*, en *Ephemerides Liturgicae* 104 (1990) 415-461.
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Le antifone non salmiche dell'Ordinario della «Liturgia Horarum» romana. Traccia per ulteriori approfondimenti*, en *Psallendum Miscellanea Jordi Pinell*, *Analecta Liturgica* 15, *Studia Anselmiana* 105, Roma 1991. 111-138.
- J. EVENOU - J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La preparazione della nuova edizione del «Martyrologium Romanum»*, en *Miscellanea in onore del Cardinale Giuseppe Casoria*, (1991).
- J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La liturgia eucarística hispano-mozárabe en Valdediós*, en *Phase*, 36 (1996) 212/170-174.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Rito hispánico: Oficio matutino del Sábado Santo. Proyecto de restauración*, en *Phase*, 37 (1997) 219/233-243.

J. G. GIBERT I TARRUELL – J. TORNÉ, o.cist., *Los domingos de Cotidiano (Misal Hispano Mozárabe)*, en *Cuadernos Phase*, 78, Barcelona 1997.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *La instrucción «Calendaria particularia». Normas y criterios para la elaboración de los Propios y Calendarios Diocesanos*, en *Pastoral Litúrgica*, 237 (1997) 33-58.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Aproximación a la espiritualidad de los primeros cistercienses*, en *Actas del II Congreso Internacional sobre el Cister en Galicia y Portugal, IX Centenario de la Orden Cisterciense*, Volumen IV, Ourense, 1998, 1749-1774.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *El «Calendarium Romanum»*, en *Pastoral Litúrgica*, 254 (2000) 17-23.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *Los domingos de Cuaresma del ciclo “C” en el Leccionario de la Misa*, en *Pastoral Litúrgica*, 260 (2001) 38-44.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o. cist., *El nuevo Martirologio Romano*, en *Pastoral Litúrgica*, 267 (2002) 33-52.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o.c.s.o., *La Constitución Apostólica “Laudis Canticum”*, en *Pastoral Litúrgica*, 320-321 (2011) 7-11.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o.c.s.o., *Liturgia hispano-mozárabe. Una reflexión en voz alta*, en *Pastoral Litúrgica*, 323 (2011) 207-214.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o.c.s.o., *Apuntes sobre el uso del Martirologio*, en *Pastoral Litúrgica*, 328-329 (2012) 116-123.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o.c.s.o., *Apuntes sobre la Dedicación de una Iglesia en la Liturgia Hispánica*, in *Studium Legionense*, 54 (2013) 185-221.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o.c.s.o., "Sancta Sanctis". *Reflexiones sobre un momento de la Misa Hispánica*, en *Studium Legionense*, 55 (2014) 269-286.

J. G. GIBERT I TARRUELL, o.c.s.o., *El monje, ¿hombre de oración o celebrador de liturgias?*, en *El ritmo cotidiano de la vida en el monasterio medieval*, Fundación Santa María la Real del Patrimonio Histórico, Aguilar de Campoo, 2015, 35-65.

J. GIBERT TARRUELL – J.C. ESCRIBANO LOPEZ, *Vesperal Hispano-mozárabe*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona, 2017.

Además:

a) La rúbrica "Dio ci parla" en la Revista *La Vita in Cristo e nella Chiesa*, en los números 22 (1975); 23 (1976); 24 (1977) y 25 (1978).

b) En el *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, ed. G. Pellicia e G. Rocca, Edizioni Paoline, las voces:

Alcobaça, Monastero di	vol. I	478
Castiglia, Congregazione Cistercense di	vol. II	640
Huerta, Monastero di	vol. IV	1548
Las Huelgas (Burgos), Monastero di	vol. V	462
Moreruela, Monastero di	vol VI	153
Poblet, Monastero di	vol. VII	14
Santes Creus, Monastero di	vol. VIII	782
Vallbona, Monastero di Santa María di	vol. IX	1688
Veruela, Monastero di	vol. IX	1940

III. Libros litúrgicos preparados

—Etapa de Boulaur—

Leccionario Cisterciense.

Federación de monasterios de monjas Cistercienses de España.

Barcelona, [s/n], 1967

2 vol. (423 pp.) vol. 1: 243 pp. // vol. 2: 179 pp., 28 cm.

Responsorial cisterciense.

Barcelona, [s/n], 1967, 237 pp., 16 cm (apaisado).

—Etapa de Solius—

Llibre d'hores cistercenc.

Volum primer, Salms per a cada dia de la setmana segons la distribució del P. Notker Fùglister.

Monestir de Santa Maria de Solius, 1969, 287 pp., 24 cm.

Textos en catalán y latín.

Sin título. [Liturgia de les Hores]

Edición privada, [s/l, s/n, s/d ¿1970?], sin paginar.

Libro de Horas cisterciense.

Con el Salterio distribuido en una semana según el esquema del P. Notker Fùglister, osb.

Cum permissu Superiorum. Ad manuscripti instar.

Ejemplar multicopiado, [Solius], Monasterio de Santa María de Solius, 1969, 374 pp., 22 cm.

—Etapa de Roma—

Missæ Propriæ ad usum Ordinis Cisterciensis.

Auctoritate Capituli Generalis de mandato Abbatis Generalis Reverendissimi D. Sighardi Kleiner editæ.

Tipolitografia Se.pom, Romæ, 1983, 128+96 pp., 24 cm.

Textus proprii Liturgiæ Horarum ad usum Ordinis Cisterciensis:
auctoritate Capituli Generalis de mandato Abbatis Generalis.
Commissio Liturgica Ordinis Cisterciensis.
Romæ, [s/n], 1990, 334 pp., 30 cm.

Antiphonæ ad Cantica Evangelica.
Ad usum monasteriorum Ordinis Cisterciensis secundum
Lectionarium Romanum.
[s/n, s/l, s/d], 25 pp., 21 cm.

Liturgia de las Horas
Roma, 1991, 16x22 cm, 229 pp.

Antiphonarium Cisterciense.
Vigilias Nocturnas Liturgiæ Horarum pro toto anni tempore
complectens.
Ad instar manuscripti.
Edición privada, Romæ, 1992, 189 pp., 21 cm.

Liturgia de las Horas (Oficio de lectura).
Cánticos para el Segundo Nocturno.
[s/n, s/l, s/d], 156 pp., 21 cm.

En este período intervine en la preparación de diversos libros litúrgicos oficiales, como por ejemplo, la edición del Martyrologium Romanum.

—Etapa de Valdediós—

Antifonario Cisterciense. Oficio de Lecturas o de Vigilias.
Valdediós, 1993, 16x22 cm, 624 pp.

Liturgia de las Horas Cisterciense. Textos propios de las celebraciones de los santos.
Valdediós, 1993, 16x22 cm, 136 pp.

Antifonario Cisterciense. Horas Diurnas, Volumen I.
Valdediós, 1994, 16x22 cm, 420 pp.

Antifonario Cisterciense. Horas Diurnas, Volumen II.

Valdediós, 1994, 16x22 cm, 254 pp.

Salmos de Laudes, Hora Media y Vísperas.

Valdediós, 1994, 16x22 cm., 474 pp.

Completas.

Valdediós, 1994, 16x22 cm, 28 pp.

Ritual de Bendición de las Comidas.

Valdediós, 1994, 16x22 cm, 36 pp.

Liturgia de las Horas. Textos propios para las celebraciones de los santos de la orden.

Valdediós, 1998, 21x29,7 cm, 240 pp.

Hora Media.

Valdediós 1998, 16x22 cm, 256 pp.

Responsorios de Vigilias.

Valdediós, 1998, 16x22 cm, 60 pp.

Misas Propias de la Orden Cisterciense.

Valdediós, 1998, 16x22 cm, 154 pp.

Oficio de Vigilias o de Lecturas.

Valdediós, 1999, 16x22 cm, 714 pp.

Laudes.

Valdediós, 1999, 16x22 cm, 682 pp.

Vísperas.

Valdediós, 1999, 16x22 cm, 866 pp.

Completas.

Valdediós, 1999, 16x22 cm, 28 pp.

Formularios de la Plegaria de los Fieles en la Misa.

Valdediós, 2000, 16x22 cm, 34 pp.

Evangelios para el Oficio de Vigilias.
Valdediós, 2003, 16x22 cm, 144 pp.

Textos para el Invitatorio.
Valdediós, 2003, 21x29,7 cm, 30 pp.

También fueron preparados estos dos títulos:

San Pelayo, mártir. 26 de junio, solemnidad: textos propios.
Eucaristía y liturgia de las horas.

Real Monasterio de San Pelayo, Monjas Benedictinas, Oviedo.

DL AS 1984-2000

Oviedo, KRK, [2000], 145 pp., 21 cm.

Nota: Texto en latín y traducción al castellano.

Misas propias de la Soberana Orden Militar de Malta.

Versión castellana. Edición típica.

Orden de Malta.

DL SA 403-1993 // ISBN 84-604-6734-1

Madrid, Orden Militar de Malta, 1993, 118 pp., 25 cm.

Liturgia Hispano-Mozárabe

A) Misas para el propio del tiempo

1. Primer domingo de Adviento
2. Segundo domingo de Adviento
3. Tercer domingo de Adviento
4. Cuarto domingo de Adviento
5. Quinto domingo de Adviento
6. Sexto domingo de Adviento
7. Navidad del Señor
8. Año Nuevo
9. Lunes de la I Semana de Cuaresma
10. Miércoles de la I Semana de Cuaresma
11. Viernes de la I Semana de Cuaresma
12. Domingo Segundo de Cuaresma
13. Lunes de la II Semana de Cuaresma
14. Viernes de la II Semana de Cuaresma
15. Viernes de la III Semana de Cuaresma

16. Domingo IV de Cuaresma
17. Viernes de la IV Semana de Cuaresma
18. Jueves de la V Semana de Cuaresma
19. Viernes de la V Semana de Cuaresma
20. Sábado de Pascua (2º formulario, versión 1)
21. Sábado de Pascua (2º formulario, versión 2)
22. Domingo III de Pascua (1ª versión)
23. Domingo III de Pascua (2ª versión)
24. Domingo IV de Pascua
25. Domingo V de Pascua (2º formulario)
26. Domingo VI de Pascua
27. Ascensión del Señor
28. Vigilia de Pentecostés
29. Domingo I de Cotidiano
30. Domingo II de Cotidiano
31. Domingo III de Cotidiano
32. Domingo IV de Cotidiano
33. Domingo V de Cotidiano
34. Domingo VI de Cotidiano
35. Domingo VII de Cotidiano
36. Domingo VIII de Cotidiano
37. Domingo IX de Cotidiano
38. Domingo X de Cotidiano
39. Domingo XI de Cotidiano
40. Domingo XII de Cotidiano
41. Domingo XIII de Cotidiano
42. Domingo XIV de Cotidiano
43. Domingo XV de Cotidiano
44. Domingo XVI de Cotidiano
45. Domingo XVII de Cotidiano

B) Misas para el propio de los santos

46. San Ildefonso, obispo
47. Conversión de san Pablo
48. SS. Roberto, Alberico y Esteban, abades
49. San Matías, apóstol
50. San Marcos, evangelista
51. San Isidoro, obispo y doctor
52. Santísima Virgen (Visitación)

53. San Juan Bautista
54. San Pelayo, mártir
55. Santos Pedro y Pablo, apóstoles
56. Santos Marta, María y Lázaro
57. San Agustín, obispo y doctor
58. San Miguel, arcángel
59. San Jerónimo, presbítero y doctor
60. Santos Adolfo y Juan, mártires (Córdoba)
61. San Zoilo, mártir (Córdoba - Carrión de los Condes)
62. Santos Vicente, Sabina y Cristeta (Ávila)
63. SS. Simón y Judas, apóstoles
64. Santos Claudio, Lupercio y Victorio, mártires (León)
65. San Marcelo, mártir (León)
66. San Andrés, apóstol
67. Santa María (18 de diciembre)
68. San Esteban, protomártir
69. Santiago el Mayor
70. Santiago el Menor

También se realizaron dos formularios para la oración del sábado santo, uno para el oficio de laudes y otro para el oficio de la hora media.

Celebración del Oficio del Mediodía del Sábado Santo en rito Hispano-Mozárabe.

Iglesia de San Salvador de Valdediós.

Edición privada. Villaviciosa, Asturias, [s/n, s/d], 14 pp., 21 cm.



